



COLECCIÓN

Somos la alegría y la vida / LIVIA GOUVERNEUR

Equipo promotor
30° Aniversario del Martirio y Resurrección
de Monseñor Oscar Arnulfo Romero
en el Pueblo

Monseñor Romero

Un Revolucionario de Dios

 Fondo
Editorial
Ipasme

Comandante Hugo Rafael Chávez Frías
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Lcda. Jennifer Gil Laya
Ministra del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme
Prof. Favio Manuel Quijada Saldo
Presidente

Ing. José Alberto Delgado
Vicepresidente

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams
Secretario

Fondo Editorial Ipasme
Lic. José Gregorio Linares
Presidente



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

200 años

Monseñor Romero Un Revolucionario de Dios

A los 30 años de su resurrección
en el pueblo de Nuestra América

***Equipo promotor
30° Aniversario del Martirio y Resurrección
de Monseñor Óscar Arnulfo Romero en el pueblo***

COLECCIÓN



Somos la alegría y la vida / LIVIA GOUVERNEUR



plan revolucionario de
LECTURA

Monseñor Romero
Un Revolucionario de Dios

Depósito Legal: If65120102002389

ISBN: 978-980-401-085-9

Diseño, diagramación y portada: Luis Duran

Corrección: Luis Dario Bernal Pinilla

Editado por el equipo conformado por: Freddy Best González, Luis Dario Bernal Pinilla y Odalys Marcano bajo la Coordinación de Luis Durán

Impreso por:

Comité Editorial:

José Gregorio Linares

Sagrario De Lorza

Alí Ramón Rojas Olaya

Ángel González

Nelly Montero

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Victoria

(Presidente Medina) Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: +58 (212) 633 53 30

Fax: +58 (212) 632 97 65

E-mail: fondoeditorial.ipasme@yahoo.com

Página Web: <http://fondoeditorialipasme.wordpress.com>

El Fondo Editorial IPASME, como una contribución a la formación espiritual del hombre nuevo latinoamericano publica esta compilación de artículos que, desde las diferentes perspectivas de sus autores, exalta, para el culto de los que amamos la vida, la singular existencia de un paradigma de la fe cristiana en Latinoamérica y el Caribe, Monseñor Oscar Arnulfo Romero, quien, entregando la hostia a los campesinos de El Salvador, no le tembló la mano, no le tuvo miedo, ni a la cárcel ni a la muerte. Decía: “Si denuncio y condeno la injusticia es porque es mi obligación como pastor de un pueblo oprimido y humillado. El Evangelio me impulsa a hacerlo y en su nombre estoy dispuesto a ir a los tribunales, a la cárcel y a la muerte”

Somos hombres y mujeres del Maíz, como lo afirmó hermosamente el escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias. Espiga que brota de la tierra nutricia, con un penacho que ondea hacia el cielo. Grano que germina en esperanza. Corazón tierno al servicio de la vida. Fermento de revoluciones y hombres libres. Harina que se transforma en masa tostada como nuestra piel. A Dios gracias el colonialismo cultural no ha logrado matar nuestra esencia, adulterar nuestra savia, ni quebrantar nuestro

espíritu. No han podido convertirnos en seres pragmáticos. El ideario materialista, que privilegia las cosas sobre las personas; justifica todos los medios para alcanzar cualquier fin; y es indolente frente al sufrimiento ajeno, ha encontrado resistencia entre los pueblos latinoamericanos y caribeños. Somos de naturaleza noble, proclives a las más elevadas acciones, a conducirnos de acuerdo a principios superiores.

Desde esta perspectiva, que nos dignifica como pueblo arraigado en lo espiritual, forjaremos en Latinoamérica y el Caribe, nuestro proyecto socialista.

Un socialismo con alma y corazón, donde entonemos salmos de esperanza y pronunciemos oraciones de protesta, que expresen la sensibilidad ante la injusticia, eleven nuestra fe en construir un mundo que no haya condenado a Dios al exilio, a la cárcel ni a la muerte.

Invitamos al lector a sumergirse, a través de estas páginas, en la mística pasión que vivió Monseñor Oscar Arnulfo Romero, un verdadero Revolucionario de Dios.

José Gregorio Linares

Presidente del Fondo Editorial Ipasme
Caracas, octubre de 2010.

PRESENTACIÓN

En el marco de las actividades conmemorativas del 30° Aniversario del Martirio y Resurrección de Monseñor Oscar Arnulfo Romero en el pueblo de Nuestra América y el Mundo, el equipo promotor de estas actividades, conformado por: el Banco para el Desarrollo de la Mujer, la Comunidad Ecuménica Juan Vives Suría (ECUVIVES), la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares de Desaparecidos (FEDEFAM) y el Comité Venezolano de Solidaridad con El Salvador, presentan este material que reúne diversas facetas de la vida de Romero, de su apostolado, de la temática de sus discursos, homilías y cartas pastorales pero fundamentalmente de su actuar revolucionario.

Parte importante de las colaboraciones fué escrita para el suplemento Cultural de Últimas Noticias o expuesta en el foro desarrollado en el auditorio de Educación de la Universidad Central de Venezuela en marzo de 2000 y recogida posteriormente en el libro: “Recordando a Romero a los 20 Años de su Asesinato” compilado por la Cátedra Monseñor Romero de la UCV, con motivo del 20 aniversario.

En el presente trabajo hemos incorporado: “30 años después del asesinato de Monseñor Romero...al pueblo, lo que es del pueblo”, de Javier Arrue; “Valores del socialismo del siglo XXI en Monseñor Romero” de Lídice Navas; y “Oscar Arnulfo Romero...y con tu espíritu” de Luis Aníbal Velásquez acompañados finalmente por la circular fraterna del gran obispo Pedro Casáldaliga que desde la pobreza del nordeste del Brasil ilumina e interpela nuestras conciencias. Esta carta fraterna «2.000 años de Jesús, 20 años de Romero» es prologada por el verbo

cálido e impetuoso de Juan Vives Suriá.

Recordar a Monseñor Romero, para los cristianos y personas de buena voluntad de Venezuela, de Nuestra América y de cualquier rincón de la madre tierra es comprometerse con la construcción del Reino de Dios desde aquí y ahora, entendiendo que es un Reino de justicia, especialmente para el pueblo pobre. Los pobres de El Salvador y su iglesia popular hicieron un milagro, convirtieron a Monseñor Romero en un revolucionario de Dios.

Han pasado ya 30 años de aquel acontecimiento que nos entristeció, pero nos infundió fuerzas para seguir luchando. Uno de los nuestros, un obispo de la iglesia popular es mártir y ha resucitado, como él mismo lo dijera, “si me matan resucitaré en el pueblo salvadoreño”, que es todo el pueblo de Nuestra América.

*Equipo promotor 30° Aniversario del Martirio y Resurrección
de Monseñor Oscar Arnulfo Romero en el pueblo.
Caracas, 2010*

SEMBLANZA DE MONSEÑOR ROMERO

Tibisay Machín

15 de Agosto de 1917, Oscar Arnulfo Romero Galdámez, nació en el pequeño poblado de Ciudad Barrios, del Departamento de San Miguel (El Salvador) muy cerca de la frontera con Honduras, en el seno de una familia humilde. Su padre, Santos Romero era telegrafista y su madre, Guadalupe de Jesús, se ocupaba de las tareas domésticas. Estudió con claretianos y jesuitas.



En 1937, ingresó al Seminario Mayor de San José de la Montaña en San Salvador y luego fue enviado a Roma para proseguir sus estudios de Teología.

El 4 de abril de 1942, a la edad de 25 años, es ordenado sacerdote en la Universidad Gregoriana de Roma, donde continúa con el fin de hacer tesis doctoral, pero

la guerra europea le impide terminar los estudios y se ve obligado a regresar a El Salvador.

En Enero de 1944, ofició su primera misa solemne en Ciudad Barrios. Permaneció durante más de 20 años en San Miguel como párroco dedicado a la oración y la actividad pastoral, para ese momento era todavía un prelado ortodoxo y conservador. El país vivía sumido en un caos

político, donde se sucedían golpes de estado en los que el poder quedaba casi siempre en manos de los militares.

En 1966 fue elegido Secretario General de la Conferencia Episcopal de El Salvador

En 1967, Secretario Ejecutivo del Consejo Episcopal de América Central y Panamá.

En 1970, fue designado Obispo Auxiliar del Arzobispo del Salvador para ese momento: Monseñor Luis Chávez. Este nombramiento no fue bien visto por los sectores más renovadores: Monseñor Chávez y Monseñor Rivera (también obispo auxiliar) estaban impulsando los cambios pastorales que el Vaticano II y la Conferencia de Medellín de 1968 exigían para el desarrollo de una nueva forma de entender el papel de la Iglesia Católica en América Latina y los planteamientos de Monseñor Romero, nombrado además director del periódico *Orientación*, eran todavía muy conservadores.

En diciembre de 1974 fue designado Obispo de la diócesis de Santiago de María. El contexto político en el Salvador se caracterizaba sobre todo por una especial represión contra los campesinos organizados.

El 23 de febrero 1977 fue nombrado Arzobispo de San Salvador, en una coyuntura crecientemente conflictiva tomó posesión de manos del Arzobispo Luis Chávez. Este nombramiento fue una sorpresa negativa para el sector renovador y una alegría para el gobierno y los grupos de poder, que veían en el religioso de 59 años como un posible freno a la actividad de compromiso con los más pobres que estaba desarrollando la Arquidiócesis. La elección de Romero en vez de Rivera (el otro auxiliar de Mons. Chávez) fue vista como la apuesta del Vaticano por el orden establecido para no poner en peligro el status de privilegio de la institución eclesiástica.

Sin embargo, un hecho ocurrido apenas unas semanas más tarde, en medio de la escalada de violencia sufrida en El Salvador, iba a sacudir a Monseñor y a marcar su futura línea de actuación: **el 12 de marzo de 1977 fue asesinado el padre jesuita Rutilio Grande**, que colaboraba en la organización de grupos de campesinos, buen amigo de Romero.

El recién electo arzobispo instó al presidente Molina a que investigara las circunstancias de la muerte del padre Grande y, ante la pasividad del gobierno y el silencio de la prensa a causa de la censura, Mons. actuó con el cierre de escuelas católicas y la ausencia de la Iglesia en actos oficiales, mientras no se esclareciera la situación. El mismo Mons. Romero aludió más tarde en varias ocasiones a la “conversión” que para él había significado la muerte de Rutilio. Se había iniciado su proceso de conversión al pueblo y de aprendizaje de la hermosa verdad de que “la fe cristiana no separa del mundo, sino que sumerge en él y de que la Iglesia no es un reducto separado de la ciudad, sino seguidora de aquel Jesús que vivió, trabajó, luchó y murió, en medio de la ciudad”. Cese la Represión, Ed. Popular.

Como tenía los ojos de la fe abiertos, cuando llegó el momento de ver, vio, habló y actuó. Sus Homilías, Cartas Pastorales y otros **pronunciamientos públicos fueron configurando el ejemplo más significativo de lectura e interpretación de la Palabra de Dios, al filo de los acontecimientos diarios y de la situación dramática de su pueblo.**

Esta postura, comenzó entonces a ser conocida y valorada por el contexto internacional: el **14 de febrero de 1978** fue nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad de Georgetown; **en 1979 fue nominado al Premio Nóbel de la Paz** y asistió a la Tercera Conferencia Episcopal latinoamericana en Puebla-México donde es visto como el Obispo de la Iglesia popular latinoamericana, llevó a Puebla dos misiones: buscar la solidaridad de las iglesias para el pueblo salvadoreño y lograr el reconocimiento de la situación eclesial, como una situación de persecución martirial.

En febrero de 1980 fue investido Doctor Honoris Causa por la Universidad de Lovaina (Bélgica). En ese viaje a Europa visitó a Juan Pablo II en el Vaticano y le transmitió su inquietud ante la terrible situación que está viviendo su país. Apenas llegado de su viaje a Europa, **el 17 de febrero**, el arzobispo Romero envió una carta al presidente Carter en la que se oponía a la ayuda que EEUU estaba prestando al gobierno salvadoreño, una ayuda que hasta el momento sólo había favorecido el

estado de represión en el que vivía el pueblo. La respuesta del presidente estadounidense se tradujo en una petición al Vaticano para que llamara al orden al arzobispo. Sin embargo, en otros países continuó el reconocimiento a la labor de Romero: por esas mismas fechas, recibió el premio de la Paz de Acción Ecueménica Sueca.

A fines de febrero, Monseñor Romero recibió amenazas de muerte y también un aviso de amenazas de similar seriedad por parte del Nuncio Apostólico en Costa Rica, Monseñor Lajos Kada. A comienzos de marzo fue volada una cabina de locución de la emisora YSAX, La Voz Panamericana, que transmitía sus homilías dominicales. Los días 22 y 23 de marzo, las religiosas que atendieron el Hospital de los cancerosos de la Divina Providencia, donde vivía el Arzobispo, reciben llamadas telefónicas anónimas que lo amenazaban de muerte. Finalmente, **el 24 de ese mes, Óscar A. Romero es asesinado por un francotirador mientras oficiaba misa en la Capilla de dicho Hospital.**

“Son pocos los seres humanos que se quitan ellos mismos el suelo de debajo de los pies cuando ya son viejos. Cambiar seguridades por peligros y certezas amasadas con los años por nuevas incertidumbres, es aventura para los más jóvenes. Los viejos no cambian. Es ley de vida.

Y es ley de historia que en la medida en que una autoridad tiene más poder, más se aleja de la gente y más insensible se le vuelve el corazón. Vas subiendo y muchos te van perdiendo. La altura emborracha y aísla.

En Oscar Romero se quebraron estas dos leyes. Se «convirtió» a los 60 años. Y fue al ascender al más alto de los cargos eclesiásticos de su país cuando se acercó de verdad a la gente y a la realidad. En la máxima altura y cuando los años le pedían reposo, se decidió a entender que no existe más ascensión que hacia la tierra. Y hacia ella caminó.... eligió abrirse a la compasión hasta poner en juego su vida. Y la perdió. No le ocurre a muchos” (tomado de: “Piezas para un retrato” de María López Vigil, El Salvador, 1993)

MONSEÑOR ROMERO Y SU TIEMPO HISTÓRICO

*Prof. Silvio Villegas**



orillaizquierda.org

Introducción

El 24 de marzo del año 2000 se cumplieron veinte años del asesinato de Monseñor Romero. Este crimen nos indigna, nos estremece pero no nos sorprende, en primer lugar, porque Monseñor mismo y buena parte de la comunidad cristiana latinoamericana sabían que “estaba condenado a muerte” por la posición que como jefe de la iglesia salvadoreña asumió frente a la injusticia, la desigualdad y el despotismo, o como dice Orán-gel Rivas, porque...”creyó en el Dios de Jesús de Nazaret, por eso tuvo

la radicalidad del propio Jesús, quien tuvo que cumplir la voluntad del Padre. Buscó y encontró como Jesús la verdad en la vida cotidiana y en los momentos extremos de la vida” (1). En segundo lugar, porque revela una vez más la conducta de las clases dominantes en América Latina de la práctica reiterada del crimen individual o colectivo cuando se trata de la defensa de su poder y sus privilegios. Así, el asesinato de Monseñor Romero, fue para la época parte de una larga cadena de asesinatos que se inició desde el primer momento que el invasor europeo ocupó y se apoderó de estos territorios. Desde la resistencia indígena registramos los asesinatos de Tupac Amarú o Tupac Catarí en el Perú, el martirio de Guatimozín o el asesinato de Atahualpa en México, Guacaipuro o Tamanaco o las ejecuciones de Gual y España, de Pirela o de Chirino, el fusilamiento de Antonio Nicolás Briceño en Venezuela, el asesinato de Lincoln. Ya más recientemente, en el siglo XX, el asesinato de Sandino, de Kennedy del Che Guevara, de Fabricio Ojeda, de Alberto Lovera o Jorge Rodríguez. En suma, es una larga cadena de mártires de la cual Monseñor Romero es un eslabón significativo. Por ello decimos que nos indigna, nos estremece pero no nos sorprende.

I.- Significado y trascendencia histórica de Monseñor Romero

¿Por qué trasciende la figura de un hombre tan humilde, tan modesto y tan tímido más allá de su tiempo, para convertirse en una figura universal? Para responder esta pregunta es necesario ubicar al personaje en su debido contexto histórico, es decir, en ese que para América Latina y el mundo, tiene su hiato en la década de los años sesenta, en una época decisiva. Debemos ubicarlo en su contexto histórico, porque como señala Orángel Rivas. “La teología de Monseñor Romero, es una teología encarnada en el tiempo que le tocó vivir. Desde el juicio y compromiso que tuvo con el proceso de liberación del pueblo salvadoreño expresó su teología”. (2)

II.- Monseñor Romero y su tiempo histórico

Para los efectos de esta exposición, voy a partir de tres grandes escenarios: el contexto internacional, el contexto latinoamericano y el contexto salvadoreño

Desde nuestra óptica, en la década de los sesenta se configura un con-

junto de hechos históricos que marca la transición entre el siglo XX y el siglo XXI. Es el auge de los movimientos revolucionarios en Asia, África y América Latina. En este continente es la Revolución cubana la que establece los nuevos paradigmas revolucionarios. En el continente asiático la guerra de Vietnam estremece todas las conciencias internacionalmente y en África los movimientos de liberación se extienden por todo el continente. Es también la época de los grandes asesinatos que conmovieron al mundo: Lumumba, Kennedy y el Che, figuras que, independientemente del signo ideológico, defendieron cada uno a su manera una causa en defensa de los pobres o de los oprimidos.. Fue el auge de los movimientos de liberación en todos los sentidos: el movimiento Hippy, la liberación de la mujer, la teología de la Liberación, del “Poder negro”, la época de los Beatles y del Boom literario latinoamericano, todo lo cual de alguna manera representaba una expresión liberadora o estaba comprometido con proyectos liberadores o revolucionarios. Como corolario de esa década se registra la llegada del hombre a la luna y a partir de allí la aceleración de los procesos históricos contemporáneos.

En el contexto histórico latinoamericano encontramos, como ya se dijo, el auge de los movimientos revolucionarios al calor de la revolución cubana y como consecuencia de la penetración y afianzamiento del capital extranjero y del control político militar por parte de los Estados Unidos. Como reacción, los sectores moderadamente nacionalistas trataron de poner en marcha las llamadas “políticas de sustitución de importaciones”. Todo ello condujo a la agudización de las luchas socio-políticas y en la mayoría de los países a la acentuación de la represión, el desconocimiento y violación de los Derechos Humanos y la práctica del asesinato individual y colectivo por parte de las clases dominantes con el apoyo del imperio y de los organismos policíacos internacionales como la CIA.

Este contexto internacional y latinoamericano tuvo particular repercusión en Centro América y específicamente en el Salvador en el período que va desde 1960 hasta 1980, entre otras razones porque Centro América en general, representa una región estratégica para los centros

metropolitanos: primero España, después Inglaterra y finalmente los Estados Unidos. En El Salvador, a pesar de que el imperialismo no hizo inversiones significativas y durante todo el siglo XIX y buena parte del siglo XX, esa región se comportó como una “economía marginal” con un escaso desarrollo urbano, un reducido mercado interno y un débil proceso de industrialización, se consolidó una “oligarquía cafetalera” que hacia finales del siglo XIX se vio reforzada por el incremento del capital financiero. Esa oligarquía se vio seriamente afectada por la crisis global del capitalismo de los años 1929- 30 y todo ello en buena medida explica que desde 1932 en la sociedad salvadoreña prevalezcan los regímenes militares impuestos por la fuerza o por el fraude.

Los intentos de la creación de un Mercado Común Centroamericano y de un proceso de industrialización por “la vía desarrollista” resultaron un rotundo fracaso, porque El Salvador ofrecía el contexto de un país mono productor y mono exportador, donde el café ha sido durante más de un siglo el eje de la economía, (3)

“Un fenómeno de particular interés para la interpretación de la confrontación que ocurre en El Salvador actual está dado por el hecho de que a partir de los años sesenta, tanto el movimiento obrero como el campesinado se revitalizan y el surgimiento de nuevas expresiones de la lucha social, tal es el caso de los movimientos cristianos de base y del feminismo revolucionario, todo lo cual se sumará al torrente de fuerzas populares en aras de un cambio” (4).

III. –El Salvador: 1950- 79

Después el movimiento insurreccional de 1932, pasarían casi veinte años para que el pueblo salvadoreño se recuperase de la derrota y de los efectos de la masacre. Es por ello que sólo a partir de 1950 se fueron conformando movimientos sociales emergentes como resultado de los cambios significativos operados en la economía nacional en su conjunto y de la recomposición de la estructura clasista. Pero también al mismo tiempo y como consecuencia de la llamada “guerra inútil”, se fue consolidando el militarismo y se fue acentuando la violencia paramilitar y los fraudes electorales se convirtieron en la forma usual de consolida-

ción del poder de la clase dominante. En este contexto fue surgiendo un movimiento social emergente constituido principalmente por la Asociación de Mujeres Progresistas, el comité Unitario de Mujeres Salvadoreñas, la Asociación de Mujeres de El Salvador, la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños y la Unión de Trabajadores del Campo. Todas estas organizaciones elevaron el nivel de las luchas sociales y profundizaron el contenido de la confrontación, porque fue sólo a partir de los años sesenta cuando empezó ...”a operarse un proceso de cambio en la actitud de los cristianos frente a los procesos de transformaciones y a darse una mayor identificación entre la iglesia como tal y las aspiraciones de los sectores empobrecidos. Este fenómeno forma parte de una experiencia global de las iglesias latinoamericanas, cuyos eventos más significativos fueron: Medellín (1968) y Puebla (1979).

De allí que ...”La transformación asumida por la Iglesia en El Salvador se puede evidenciar en procesos como el de la Federación Cristiana Campesina Salvadoreña (FECCAS), que habiendo surgido en 1972, ligada en un principio a la derechista democracia cristiana, al profundizarse la lucha social y al acentuarse la concientización del pueblo y de la iglesia, poco a poco se va convirtiendo en un fuerza organizada del campesinado” (5)

A esta situación se une el hecho de que la crisis que se presenta entre 1978 y 1980, es estructural, caracterizada básicamente por la caída de las reservas internacionales y de los precios de los principales productos de exportación (café y algodón), la deuda externa y la fuga de capitales. Ello condujo a un descenso de las tasas de crecimiento del PTB que incidió en la crisis social por el aumento del desempleo y la acentuación de la pobreza y el desmejoramiento de los “niveles de vida”. Es decir, la brecha abismal entre pobres y ricos.

En el “Informe Kissinger” citado por A. Figueroa en su obra, se afirma lo siguiente:

...’ en el Salvador, en 1980, el 66 % del ingreso nacional fue recibido por el 20 % más rico de la población, mientras que el 20 % más pobre sólo recibía el 2 % de dicho ingreso. Más del 60% de la población de

la región vivía en estado de pobreza en 1980 y más del 40% en estado de extrema pobreza...Más adelante agrega:

...’ el descontento es real y muy generalizado y , para gran cantidad de la población , las condiciones de vida son miserables; así como Nicaragua estaba madura para una revolución, del mismo modo las condiciones que invitan a una revolución están presentes por toda la región”... (p. 87).

IV.- La iglesia ante la crisis de 1978 – 80 y el asesinato de Monseñor Romero

Así en la medida en que la iglesia se fue convirtiendo en una fuerza organizada en función de los pobres, se fue acentuando también la persecución contra ella y los ataques a las instituciones eclesásticas, tales como las librerías, la emisora o las imprentas, o el saqueo de las casas parroquiales por parte del ejército, fueron cada vez más recurrentes, todo ello acompañado de la expulsión o asesinato de sacerdotes como el del Padre Rutilio Grande o “Padre Tilo” como se le conocía popularmente. Todo ello estaba unido a la acción de los grupos paramilitares. Frente a todo ello Monseñor Romero afirmó:

...‘los cristianos no le tienen miedo al combate, pero prefieren hablar el lenguaje de la paz. Sin embargo, cuando una dictadura atenta gravemente contra los derechos humanos y el bien común de la nación, cuando se torna insoportable y se cierran los canales del diálogo, el entendimiento, la racionalidad, cuando esto ocurre, entonces la iglesia habla del legítimo derecho a la violencia insurreccional’. En conclusión:

‘... es un deber de la iglesia auténtica, su inserción entre los pobres, con quienes debe solidarizarse hasta en sus riesgos y en su destino de persecución, dispuesta a dar el máximo testimonio de amor por defender y promover a quienes Jesús amó con preferencia’(6)

Así, en la medida en que los antagonismos se profundizaban y la iglesia asumía su papel al lado de los oprimidos, la sentencia de muerte contra

sus dirigentes estaba a la orden del día, hasta que la mano asesina alcanzó la figura de Monseñor Arnulfo Romero, aquel memorable y triste 25 de marzo de 1980.

* **Silvio Villegas** (1942 - 2009) fue Historiador, Profesor de la UCV (Caracas) y de la ULA (Mérida). Dejó una importante producción historiográfica sobre el acontecer histórico venezolano.

Transcripción del discurso pronunciado en la UCV, con motivo del XX aniversario del asesinato de Mons. Romero

Notas y Referencias Bibliomeroográficas

(1) Orángel Rivas, “Monseñor Romero, un cristiano y Obispo modelo”, *Últimas Noticias, Suplemento Cultural*, Caracas, 2 de abril 2000, p. 1.

(2) Orángel Rivas, *Ob.Cit.*

(3) Amílcar Figueroa, **El Salvador, Elementos de su Historia y sus luchas (1932-1985)**, Caracas, Editorial Tropikos, 1987, p. 71.

(4) Amílcar Figueroa, **Ob. Cit.**, p. 78,

(5) **Ibid**, p.92.

(6)**Ibidem**, p.93

Caracas, UCV, *Escuela de Educación*, 5 de abril, 2000.



© 1995 Diego Rivera. All Rights Reserved. This work is a reproduction of the original work by Diego Rivera. It is not to be used for commercial purposes without the written permission of the artist's estate.

El vendedor de flores - Diego de Rivera

MONSEÑOR ROMERO Y NUESTRA AMÉRICA

Luis Cipriano Rodríguez y Tibisay Machín



Castle at Tulum Overtaken by Vegetation From John Lloyd Stephens' Voyage to the Yucatan by Frederick Catherwood

El contexto

Territorio de esperanzas pero también de penas y violencias. Eso ha sido y sigue siendo “Nuestra América” bolivariana y martiana; la de Guaicaipuro y Tupac Amaru, José Leonardo y Tiradentes, San Martín y el cura Hidalgo. Territorio de pobres. (“Paraíso de tontos, dijo alguien despectivamente”). La América indolatinoamericana y afrocaribeña de Sor Juana y Micaela, de Manuelita y Josefa, de Gabriela y Lolita, de Tania y Haydee; siempre presente en las oraciones de Las Casas, las utopías de Miranda, los ensayos de Mariátegui, el muralismo de Diego, la novelística de Gallegos, los cantos de Neruda, la música de Villalobos, la entrega del Ché y las homilías y el martirio de Monseñor Romero.

“Nuestra América”, tierra invadida y colonizada desde 1492 cuando la expansión capitalista de Europa –como la caracteriza Parry- torció el rumbo sociohistórico de la “Última Tule”, convirtiéndola en fuente de oro y plata para multiplicar y acelerar la lenta “acumulación originaria” del Viejo Mundo. A partir de entonces, el saqueo de los recursos naturales de la región ha sido constante; por parte de los imperios coloniales, entre los siglos XVI y XIX y los Estados imperialistas, el Reino Unido y los Estados Unidos principalmente, desde el siglo XX en adelante (Las Venas Abiertas de América Latina, Galeano, 16 edición, 2000 Editorial Siglo XXI).

Latinoamérica y el Caribe han sido territorios de crisis acentuada (guerras, dictaduras, exclusión y miseria). Países exportadores netos de capital (dólares y euros) hacia las metrópolis imperiales. A la vez, países importadores no sólo de tecnologías, manufacturas e inversiones sino también de bienes primarios que deberían producirse con ventajas en nuestros propios espacios ya que éstos son áreas orgánicamente aptas para un sustentable desarrollo agroganadero, minero, artesanal y energético (sin subestimar nuestro derecho a abordar todas las modalidades de la Industria, la Creatividad y los Servicios). Condenados a importar todo cuanto las Metrópolis impongan porque así entienden las élites gobernantes, empresarias y académicas criollas y extranjeras el papel que debemos jugar “libremente” en el marco contemporáneo de la Globalización, modelo de relaciones intercontinentales que comenzó a operar en el orbe, subordinando, empobreciendo y endeudando cada día más a los pueblos periféricos del mundo. El modo de producción que se globalizó, en su voracidad industrialista, ha devastado la Tierra y dañado el Bien Común de la Humanidad y la dinámica de este modelo se ha redimensionado recientemente con base en la asombrosa revolución tecnocientífica de las últimas décadas.

Hoy, cuando el proceso de concentración y centralización del capital ha generado una marcada repartición del globo terrestre en función de una burguesía financiera, que a través de los grandes oligopolios conquista terrenos dotados de materias primas y mano de obra barata que sirvan

de base para invertir sus capitales y así poder continuar la valorización del capital, el capitalismo sufre una crisis, consustancial con su lógica de acumulación y expansión y muestra las fragilidades de la etapa más avanzada de la mundialización de las relaciones de explotación, el predominio del capital financiero especulativo sobre los capitales productivos, lo que ha provocado el descalabro financiero internacional produciendo una crisis mundial que es sistémica, no sólo es financiera, es alimentaria, energética y ecológica y pone en peligro la existencia del ser humano en el planeta.

En este entorno conservador predominante en el mundo, el balance de la lucha por “otro mundo posible” por lo menos en Nuestra América es positivo. En la hora actual nuestra América protagoniza un proceso de integración regional y un importante nuevo, sólido y esperanzador referente político y económico. El gran proyecto norteamericano, que buscaba extender el libre comercio a todo el continente –el ALCA– fracasó y, en su lugar, se fortaleció el MERCOSUR, surgieron el Banco del Sur, el Consejo Sudamericano de Defensa, Unasur, el ALBA, entre otras iniciativas.

El ALBA ha ganado influencia especialmente en el Caribe donde tiene cuatro miembros insulares: Antigua y Barbuda, Dominica, San Vicente y las Granadinas y Cuba. Haití mantenía su condición de observador. Ellos, unidos a Venezuela, Ecuador, Bolivia y Nicaragua, constituyen un nuevo factor político independiente en el continente que comienza a proyectarse con fuerza a nivel internacional, lo cual no pueden pasar por alto las reaccionarias oligarquías saqueadoras históricas de la región y mucho menos el imperialismo yanqui, que la había administrado, hasta hace pocos años, como su patio trasero (Emir Sader, *Aporrea*, 2010. Ernesto Gómez Abascal. *Rebelión*, 2010, Brigada Vallesana, *Aporrea*, 2008)

El nuevo intento de ocupación militar de Haití está enmarcado dentro del plan elaborado en Washington para revertir el progreso alcanzado, como lo fue el golpe militar contra el legítimo gobierno de Honduras, ex integrante del ALBA; la instalación de bases militares en Colombia; las provocaciones contra Venezuela; las campañas de difamación y los

intentos de desestabilización contra los gobiernos independientes que integran la Alianza

Está planteado en el siglo XXI un cambio radical en la concepción de la sociedad, una economía al servicio de las personas y no del enriquecimiento de unos pocos, el respeto al medio ambiente frente a la depredación y la contaminación, la igualdad y la justicia frente al darwinismo social.

La opción del Socialismo, frente a la barbarie, que de manera progresiva están poniendo en marcha países de Sur América y el Caribe como por ejemplo Venezuela, Cuba, Nicaragua, Ecuador, Bolivia Paraguay y Uruguay, constituye una opción viable para la Humanidad llegados a este dramático punto de la Historia. Logros importantes se evidencian en estos países como ha sido haber puesto fin al analfabetismo en Venezuela, Bolivia, Nicaragua y Ecuador y mejorar condiciones de salud a través de políticas **sociales que mejoraron significativamente el nivel de vida y disminuyeron los grados de desigualdad en el continente de mayor desigualdad del mundo.**

Según el informe de CEPAL 2009, En 2008 la tasa de pobreza alcanzó 33,0%, 11 puntos porcentuales menos de lo registrado en 2002. Aun cuando el incremento pronunciado del precio de los alimentos llevó a que la indigencia creciera en el último año, su incidencia equivale a dos tercios de la observada en 2002.

Pese a los avances logrados, los niveles de pobreza en la región continúan siendo elevados, afectando en una mayor proporción a las mujeres y a los niños. 180 millones de personas pobres y 71 millones de indigentes, respectivamente (CEPAL 2009)

Con la crisis económica el desempleo aumentará y las Metas del Milenio aún no se consiguen.

El presente año se conmemora, en varios países de nuestra América, el Bicentenario de la instalación de los primeros gobiernos patrios. Dentro del período de ofensiva contra el colonialismo español, 1810 fue un año clave en el avance de las ideas independentistas que venían configurándose. La lucha por la independencia continúa

II) El liderazgo

Para avanzar en este camino de transformación radical y superar los problemas que aún nos aquejan, “Nuestra América” requiere de varios factores conjugados entre sí, en primer lugar la Educación de los futuros sujetos sociales. Se necesita concientizar a hombres y mujeres en un apostolado religioso, ético y político que se oriente a mejorar la vida de los sectores desprotegidos para convertirlos en agentes de su propia redención.

Desde luego, también se requiere de diversos niveles de liderazgo. Bajo la dirección de un liderazgo mayor compenetrado, educado, capaz y combativo, que rescate la fe y la autoestima de individuos y grupos organizados para la lucha, será posible avanzar en la defensa del Patrimonio Común y la transformación social.

La lucha de este tipo de liderazgo no es nueva. Por ejemplo: durante los años sesenta y setenta hubo heroicas y ejemplarizantes manifestaciones de equipos, movimientos e individualidades. Entre los ya desaparecidos cabe destacar a Franz Fanon, el viejo Albizu Campos, el “Che” Guevara, Salvador Allende, el Coronel Caamaño, el General Torrijos, muchos obreros, campesinos, cultores y poetas, así como inolvidables sacerdotes como el padre Camilo Torres, el Obispo Helder Cámara y “San Romero de América Latina”, es decir, Monseñor Oscar Arnulfo Romero, querido Arzobispo de El Salvador, Profeta y Mártir, asesinado por el militarismo dictatorial salvadoreño, al servicio de las grandes familias agrarias y financieras de su propio país y de toda Centroamérica, bajo el predominio de los intereses mercantilistas y militaristas de Estados Unidos de América.

Monseñor Romero entendió la necesidad y la eticidad de optar por los pobres de su tierra. Influido por varios factores teológicos, sociales e históricos, profundizó su compromiso con la Iglesia Popular que venía gestándose en nuestros países desde los años sesenta, aproximadamente, con base en la “Teología de la Liberación”.

Romero asimiló las enseñanzas del Concilio Vaticano II y de las Conferencias Episcopales Latinoamericanas de Medellín y Puebla. De esta

última recordó la reivindicación de una vieja enseñanza cristiana relativa a la Participación Política pero en el significado pleno de la “Evangelización, la Liberación y la Promoción Humana”, donde la Promoción...” implica actividades que ayudan a despertar la conciencia del hombre en todas sus dimensiones”... (Puebla: la evangelización en el presente y en el futuro. Caracas, Ediciones Trípode, 1979, p. 125)

Uno de los documentos debatidos y aprobados en Puebla plantea que la Política es una de las actividades concientizadoras, por lo tanto, debe orientarse siempre a la conquista del Bien Común, ”conciliando la igualdad con la libertad y la soberanía nacional con la convivencia y la solidaridad internacional” (Ibidem, p.131). Desde esta perspectiva amplia trascendente y transformadora, la Santa Iglesia Católica puede y debe contribuir al compromiso con las mayorías explotadas y desamparadas “en el logro de una sociedad más justa, libre y pacífica, anhelo de los pueblos de América Latina y fruto indispensable de una evangelización liberadora” (Ibidem, p.138).

Pues bien, Monseñor Romero asume estas y muchas otras ideas relacionadas con un cristianismo testimonial y militante, aplicándolas (desde nuestra condición concreta de territorio sometido a dependencias externas) a su propio país: El Salvador. ¿Por qué? Simplemente, porque allí (y en toda Centroamérica), la población campesina sufría los rigores de la explotación económica y la pobreza socioeducativa impuesta por dominadores internos y externos.

Bajo el paternal liderazgo de Romero, la Iglesia católica salvadoreña se identificó cada vez más con su Pueblo experimentando un cambio notable y participando en las actividades organizativas y movilizadoras de la “Federación Cristiana Campesina Salvadoreña “(FECCAS), surgida en 1972 con el “liderazgo derechista de la Democracia Cristiana “, pero radicalizada más tarde en 1979, acorde con las ideas solidarias de la “Teología de la Liberación”. (Amilcar Figueroa Salazar. El Salvador: elementos de su historia y sus luchas. Caracas, Fondo Editorial Tropykos, 1987,p.92)

Hacia el año 1977, la Economía salvadoreña estaba inscrita en el Mercado Común Centroamericano, fuertemente controlada por las empresas maquiladoras con predominio del capital norteamericano. Además había una vieja y grave concentración de la tierra agrícola (el 40% se hallaba en manos del 1% de la población). En cuanto al desempleo, alcanzaba al 45% de la mano de obra con una tasa de crecimiento demográfico de casi el 4%. Tal desajuste generaba más pobreza, violencia y emigración de vecinos a los Estados Unidos. (Ibídem, pág. 68). Por lo demás, el intervencionismo militar norteamericano incrementó su intensidad, participando el 15 de octubre de 1979 en el derrocamiento del Presidente de la República. (Ibídem, pág. 108-109).

Esta crisis permite a la Iglesia Católica acercarse más al Pueblo y solidarizarse con él. Pero, a la vez, esa conducta fraterna provoca represalias y atentados del gobierno contra ella, contra la Universidad “José Simeón Cañas” (dirigida por los Padres Jesuitas) y contra la Librería Católica “San Pablo”.

Desde otro ángulo, frente a la crisis y la represión militarista, profundiza sus acciones la guerra revolucionaria ó lucha guerrillera que había empezado en 1970. Así, para el año 1980, surge el “Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional” (FMLN) que une a varios factores cuyos combates habían signado algunos aspectos del acontecer sociopolítico interno, desde varios años atrás.

En estas circunstancias complejas y difíciles, la participación de Monseñor Romero es decisiva. Su prédica es pacifista pero de aliento popular, denunciando la violencia de los opresores e impíos. Una necesidad urgente para él, es que se logren la Paz y el Bien Público; por lo tanto en su Homilía del 21/10/79, dice: “El bien exige sacrificios. Ya se les ha exigido a las mayorías que han tenido que vivir tanto tiempo el hambre y la miseria. Ahora es justo que algún sacrificio tengan que hacer los demás”. (Romero 2000. Suplemento quincenal editado en San Salvador el 30/6/99 pág. 3). ¿Quiénes son los demás? Los demás son los ricos privilegiados, egoístas e indolentes que amasan muchas riquezas explotando y empobreciendo al prójimo, con apoyo del sector militarista antidemocrático.

En este orden de ideas, Monseñor agrega: “La exigencia evangélica de la justicia es dura pero es la única vía para crear pan y trabajo”. (*Idem*). ¿Por qué? Sencillamente, porque si no hay justicia social, entonces se cierran los caminos pacíficos e institucionales, y en alguna medida, se tiende a la violencia. Esto lo escribe en otra *Homilía* el día 25/9/79: “Habrá siempre violencia mientras no se cambie la raíz de donde están brotando todas esas cosas tan horrendas de nuestro ambiente”. (*Idem*). Según él, la raíz está en la pobreza, es decir, en “la absolutización de la riqueza que es el gran mal de El Salvador” (*Homilía* del 16/12/79 publicada en el libro *Monseñor Romero*, San José de Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1989, pág. 230). La pobreza se origina principalmente en la riqueza de una minoría, es decir, en “la propiedad privada como un absoluto intocable” (*Idem*). Y agrega: “Ay del que toque ese alambre de alta tensión ¡Se quema!” (*Idem*).

La principal raíz de la violencia social y política está, pues, en la pobreza, el egoísmo, la falta de justicia, equidad, caridad y confraternidad; está en el analfabetismo, las enfermedades, el maltrato y el desamparo del prójimo. Por eso, en su última *Homilía* del 23/3/80, pocas horas antes de su muerte, habla “Contra las injusticias” y afirma: “Ante todo: la dignidad humana”. (*Ibidem*, p 269).

III) El Reto Actual:

A treinta años de su martirio, siguen vigentes la prédica y la acción pastoral de nuestro San Romero de América Latina. Grandes problemas continúan golpeando principalmente a los sectores más humildes de los países de nuestra América y en El Salvador, la Patria de Monseñor Romero, después de 18 años de firmado el “Pacto de Paz” siguen presentes grandes calamidades.

El 0,3% de los Salvadoreños acapara el 44% de la riqueza nacional”, esta concentración de la riqueza tiene su consecuencia inmediata: la desigualdad económica y social profunda con sus efectos impactantes para la mayoría de los salvadoreños. Para completar el panorama social de El Salvador de hoy, hay que añadir que de ese país salen diariamente hacia los Estados Unidos entre 500 y 700 personas, por sus altos niveles

de violencia y muerte, según estimaciones de la prensa nacional, un promedio de 12 muertes diarias por causa criminal, El Salvador se sitúa entre los países más violentos del mundo (discurso Funes)

Son esos indicadores estadísticos altamente negativos para El Salvador los que nos cuestionan sobre las verdaderas intenciones de aquellos que firmaron los acuerdos de paz de 1992. En el país no se ha construido un sistema político de tolerancia, paz y justicia social, se repiten los errores del pasado, y **lo que realmente se consolida** es la dominación de la oligarquía y la de sus aliados; que en 2009, en El Salvador, es más rica y poderosa que antes de la guerra (Ramonet, Rebelión, 2009). De allí que las causas que provocaron la sangrienta y larga guerra civil en El Salvador sigan vigentes y tan agudas como antes.

En este contexto de grandes desafíos y compromisos, Monseñor Romero sigue vigente. Desde luego, entendemos que los líderes, pastores, profetas y mártires como él constituyen un estorbo para los privilegiados, los burócratas, los gobernantes irresponsables y los empresarios egoístas. Pero también son un reto permanente para la Humanidad, creyente, sensible, caritativa y solidaria, en esta hora de globalización neoliberal, de violencia, hambre, temor, terrorismo, drogadicción, corrupción, epidemia, tragedia, pobreza y desamparo. No somos pesimistas, alarmistas, ni derrotistas. Nos asiste la esperanza evangélica, pero es necesario reconocer que será muy trágico el futuro de los pobres si definitivamente se impone la peor violencia satánica de este año jubilar: la globalización neoliberal capitalista que incrementa los niveles de desempleo, hambre y muertes, sobre todo en nuestros países neocolonizados, saqueados y deculturados, inscritos en lo que se conoció como “Tercer Mundo”, sometidos a relaciones de Neodependencia.

¿Qué porvenir espera a nuestros pueblos latinocaribeños en esta coyuntura neoconservadora, neorracista, neofascista, neoliberal y neopeccadora? ¿Nos cruzaremos de brazos o asumiremos el reto y el martirio de Monseñor Romero? ¿Cerraremos los ojos ante el neoimperialismo y sus neoaliados internos? ¿Vencerá el neoautoritarismo opresor?

Entendemos que Romero es una referencia ineludible para muchos. Es

un compromiso. Es una convocatoria unitaria no sólo para los cristianos inscritos en la “Teología de la Liberación” o cualquier otra modalidad evangélica, sino también para bolivarianos y marxistas. Todos despojados de dogmas, desconfianzas y actitudes sectarias e intolerantes.

Pero también es referencia para ecologistas, cultores populares, internacionalistas emancipadores, demócratas de géneros, dignificadores de etnias, vecinos de la cotidianidad transfamiliar, poetas de los versos, las plásticas, las músicas y las tablas. Todos los devotos del Pueblo de Dios en auténtica Libertad y Equidad, con espíritu misionero, de liberación y transformación

¿Qué hacer para liberarnos de la Deuda Externa y sus estragos económicos, socioculturales y sicoéticos? La prostitución y la droga nos destruyen, tanto como la explotación económica y la especulación mercantil. Los corruptos imponen su sello. El armamentismo genera más muertes que las epidemias e inundaciones. Los depredadores de la naturaleza son tan mortales como los depredadores de la fe. El imperialismo cultural pretende destruir nuestras identidades, nacionales, regionales, locales y micro locales para imponer un pensamiento único. Los vende patrias están subastando nuestro patrimonio colectivo para favorecer a los monopolios transnacionales imperialistas. Hoy asistimos a una gravísima crisis de la Fe, la Piedad, el Afecto, la Moral, la Solidaridad, la Soberanía, la Dignidad y la Familia en Lealtad.

Sin embargo, también vivimos hoy un trascendente reto latinocaribeño, uno de naturaleza ética, intelectual, teórica e ideopolíticodoctrinaria. ¿Cuál es el reto? Se trata de despojarnos de dogmatismos y filosofismos (no de la FILOSOFÍA), e intentar un encuentro polémico pero constructivamente armónico entre las enseñanzas sociales del Evangelio (Cristo) y las de Bolívar y Marx. Es necesario ensayar una síntesis crítica y creativa de estas tres fuentes vitales, y testimoniales que nutren gran parte de nuestra especificidad sociohistórica, geoculturalmente caracterizada como territorio indolatinoamericano y afrocaribeño.

Desde luego, percibimos que ésta es una praxis difícil. ¿Por qué? sencillamente porque la unidad cristomarxistabolivariana constituye una

propuesta inevitablemente incómoda para quienes todavía adoran el becerro de oro, mercadean frente al Templo, niegan o adulteran la Democracia y asumen el consumismo petrorrentista o librecambista como una modalidad postmoderna de la gula. Por estas y otras razones, cabe afirmar que, hoy como ayer, Jesucristo estorba a los pecadores, mercaderes, egoístas, privilegiados, violentos, hipócritas, e impíos; Bolívar incomoda a los colonialistas y neoliberales que oprimen la libertad soberana de los Pueblos anfictionicos; y Marx conturba a los explotadores que siguen convirtiendo al obrero en mercancía, degradando la dignidad evangélica y humana del trabajo.

IV) Invocación

En nombre de la Dignidad, la Fraternidad, la Solidaridad, el Amor, el Desarrollo y el Bien Común de nuestros pueblos unidos e integrados emancipadoramente bajo el ideario anfictionico de nuestros Libertadores, invocamos a San Romero de América Latina y el Caribe, aquí y ahora, cuando la Patria Grande Indolatinoamericana y Afrocaribeña necesita unir fuerzas, fe y sacrificios perseverantes para el logro de su auténtica libertad, su soberanía integracionista - internacionalista, y su resurrección redentora.

Con base en tal predicamento, compartimos el criterio de quienes estiman que la Globalización neoliberal de los explotadores nos lleva a optar por la Mundialización Solidaria de los anfictionicos. En consecuencia, durante la presente Cuaresma de este Año Jubilar, renovemos nuestra fe tanto en el HIJO DE DIOS como en el PUEBLO DE DIOS para así ser dignos del REINO DE DIOS.

Este REINO DE DIOS, según Monseñor Romero, es un mundo para todos, pero muy particularmente, “para aquellas mayorías que secularmente han estado ausentes de él: los pobres, los campesinos, los obreros y los marginados”. (*Ibidem*, p/36).

V) Ruego final

Que el martirio y la resurrección de Monseñor Romero nos iluminen el camino hacia una Iglesia plenamente democrática y una Patria so-

beranamente refundada. Que nos ayuden a perdonar y a arrepentirnos de nuestros pecados de insensibilidad, pragmaticismo y egoísmo; neutralizar nuestras soberbias, superar nuestras flaquezas y vencer nuestras desviaciones para así ser “auténticamente misioneros” del mensaje cristiano. Con humildad, fe, amor, constancia, vigilancia, meritocracia y alegría. Amén

A LOS 30 AÑOS DEL ASESINATO DE MONSEÑOR ROMERO (*)

Profesora Nora Castañeda



Monseñor Oscar Arnulfo Romero es asistido por su pueblo cuando cae asesinado

En momentos en que hombres y mujeres de bien, en el mundo entero, recuerdan, una vez más, los hechos ocurridos en El Salvador, en marzo de 1980, la Cátedra Libre Monseñor Romero de la Universidad Central de Venezuela, se propuso impulsar una serie de actividades que contribuyeran al desarrollo de nuestra memoria histórica y, por esa vía, al avance en la unificación programática que demandan nuestros pueblos. Como se sabe, El Salvador como toda nuestra región, estuvo sometido a graves hechos de violencia a lo largo de toda su historia colonial

() Trabajo elaborado, en marzo de 2000, en la ciudad de Caracas, y revisado en marzo de 2010, con motivo del 30° aniversario del asesinato de Mons. Oscar Arnulfo Romero.*

y republicana. Las luchas de Morazán, el indígena Anastasio Aquino, Farabundo Martí y otros/as, son fiel ejemplo de los mismos. Más, a propósito de este trabajo, nos interesa destacar la violencia que se abre en la coyuntura que arranca a partir de 1980.

Tales hechos son substanciados por la “Comisión de la Verdad para El Salvador” de Naciones Unidas. Esta Comisión elaboró un Informe, entre el 13 de julio de 1992 y el 15 de marzo de 1993. Así, registró más de 22.000 denuncias de graves hechos de violencia ocurridos desde enero de 1980 hasta julio de 1991. Ello nos permite citar por lo menos algunos de ellos:

- El 22 de enero de 1980, dos (2) estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad de El Salvador fueron detenidos por la Guardia Nacional Salvadoreña y luego desaparecidos.
- El 29 de mayo de 1980, representantes de los cuerpos represivos del Estado salvadoreño mataron a doce (12) campesinos de la Cooperativa San Francisco.
- El 27 de noviembre de 1980, seis (6) dirigentes del Frente Democrático Revolucionario (FDR) fueron secuestrados, torturados y asesinados. Estos asesinatos cerraron las puertas a un posible diálogo para evitar la guerra civil.
- El 2 de diciembre de 1980, fueron asesinadas cuatro (4) religiosas norteamericanas.
- El 12 de marzo de 1981, el Ejército masacró a buena parte de la población del cantón el Junquillo de Morazán. Se trataba, en lo fundamental, de mujeres, niños pequeños y ancianos. Violaron a algunas mujeres y niñas menores de 12 años, quemaron las milpas y los graneros.
- El 17 de marzo de 1982, se produjo el asesinato de los periodistas holandeses en Chalatenango.
- El 22 de febrero de 1983, mataron a dieciséis (16) campesinos de la Cooperativa de Las Hojas en la orilla del río Cuyuapa.
- El 29 de noviembre de 1986, un joven de 17 años fue capturado por la Fuerza Aérea y luego desaparecido.

- El 21 de septiembre de 1988, se produjo la masacre de San Sebastián.
- El 5 de abril de 1989 se produjo un ataque contra un hospital del FMLN. Fueron capturados y luego asesinados la enfermera francesa Madeleine Lagadec, el médico argentino José Ignacio Isla y una alfabetizadora.
- El 18 de agosto de 1989 una joven fotógrafa y un joven trabajador-estudiante fueron detenidos por la Fuerza Aérea y luego desaparecidos.
- El 31 de octubre de 1989, desconocidos colocaron bombas en el local de las COMADRES y en el de FENASTRAS. Cuarenta y cuatro (44) personas, incluso un menor, resultaron heridas. Murieron 9 personas.
- El 16 de noviembre de 1989, el general Ponce dio la orden de asesinar al Padre Ignacio Ellacuría (Rector de la Universidad Centro Americana (UCA), sin dejar testigos. En aquella madrugada los soldados entraron a la UCA y mataron a seis padres jesuitas, a Elba Ramos y a su hija Celina. Además, zonas de la capital altamente pobladas fueron bombardeadas ese año.
- El 12 de enero de 1990, fueron secuestrados, en la ciudad de Guatemala, Hector Orquelí y Gilda Flores. Sus cuerpos aparecieron sin vida el mismo día a 5 kilómetros de la frontera con El Salvador.
- El 10 de septiembre de 1990, fue capturada y asesinada la médica Begoña García Arandigoyen.

Son estos, sólo algunos de los hechos de violencia ocurridos en El Salvador en la década de los ochenta y principio de los noventa; y es este el contexto en que ocurre el asesinato, el 24 de marzo de 1980, del Arzobispo de San Salvador Monseñor Oscar Arnulfo Romero. De acuerdo con la Comisión de la Verdad para El Salvador las cosas ocurrieron de esta manera:

“D’Aubuisson, el ex -capitán Alvaro Saravia y Fernando Sagrera, estaban reunidos el 24 de marzo en la casa de Alejandro Cáceres, en San Salvador.

Llegó el capitán Eduardo Avila y avisó que Monseñor Romero oficiaría una misa ese mismo día. El capitán Avila opinó que esta era una buena oportunidad para asesinar al Arzobispo.

D'Aubuisson ordenó que se hiciera y responsabilizó a Saravia del operativo. Al observar que se necesitaba un francotirador, Avila afirmó que él se encargaría de contactarlo por medio de Mario Molina.

A Amado Garay se le dio la tarea de transportar al asesino hasta la Capilla. El estacionamiento del Hotel Camino Real sirvió de punto de encuentro antes de dirigirse a la Capilla.

En este lugar, el francotirador barbado subió con el arma al volkswagen rojo de cuatro puertas que conducía Garay.

El asesino disparó desde el vehículo frente a la entrada principal de la Capilla, una sola bala que mató a Monseñor Romero.

D'Aubuisson ordenó la entrega de mil colones a Walter Antonio Alvarez quien, junto con el asesino de barba, recibió el pago correspondiente.

Alvarez fue secuestrado el mes de septiembre de 1981 y se le encontró muerto poco después”.

Una descripción de los hechos, como la realizada hasta ahora, conduce en lo inmediato a plantearse los por qué, las razones que condujeron a tal conflictividad social, los conflictos de intereses sociales que se hicieron presentes en la coyuntura y que, aún en el año 2000, estaban por superarse.

Al respecto damos seguimiento al discurso del Dr. Ricardo Navarro, director del Centro Salvadoreño de Tecnología Apropriada (CESTA), durante el Curso-Seminario “Latinoamérica Sustentable”, organizado por Acción Ecológica en Quito, Ecuador. Veamos qué ideas del autor asumimos como propias, en aquel momento:

Cuando estábamos en la guerra teníamos 500 muertos cada mes. Hoy, por infecciones respiratorias agudas tenemos mil, y por enfermedades gastrointestinales, otros mil. Sólo por estas dos causas, hay cuatro veces más muertos que en la guerra.

El Salvador (el de ayer y el de 2000, agregamos) no es sustentable por donde lo veamos... Su problemática social es el resultado inevitable

del modelo de desarrollo implantado, que conduce, tanto a un creciente deterioro ambiental, como social. La violencia en sus diversas dimensiones es, pues, un resultado lógico.

Tal modelo de desarrollo requiere de una estructura de poder, tanto económica como política, ideológica y social. Esa estructura de poder dio lugar, históricamente, a un sistema militarista-clasista, como instrumento de los grupos económicos dominantes.

La configuración de poder señalada supone, también, una estructura mental y de valores necesaria para su sistemática reproducción. Por lo general, ésta valora a la gran mayoría de los trabajadores y las trabajadoras en tanto mano de obra barata, dócil, desorganizada y desorganizable, como consumidores; nunca como seres humanos con derecho a una vida digna.

Precisamos, que el modelo de desarrollo imperante dio lugar, en un largo proceso, a una sociedad insostenible y violenta, que sólo a partir de esta precisión puede plantearse su transformación. Vale decir, el logro de un desarrollo sustentable; pensado en los seres humanos (hombres y mujeres); productivo; equitativo y armónico ambientalmente.

Por lo demás, El Salvador es un país en el que, como en tantos otros del continente y el mundo, se articula la pobreza extrema y la extrema riqueza; así como una alta dependencia del exterior. El problema a resolver, entonces, refiere a la erradicación tanto de la extrema pobreza como de la extrema riqueza, en el entendido que estamos en presencia de dos polos antagónicos que requieren, de manera urgente, resolver las contradicciones que impiden el desarrollo de los más a favor de los menos (Ver: Navarro, octubre de 1998: 19).

Pero aún no tocamos fondo; aún la esencia se esconde tras la apariencia. Esta última, impide visualizar el papel de los intereses ingleses, primero, y de los estadounidenses, después, en el istmo centroamericano; el papel que la división internacional del trabajo le dio a El Salvador como país primario-exportador agrícola, sometido al deterioro de sus términos de intercambio; la expulsión, en 1880, de una importante proporción de campesinos de sus tierras comunales para garantizarle tierras a la oligarquía cafetalera; el impacto de las crisis de sobre producción generadas por el modo de producción capitalista en los países centro, sobre los países primario exportadores, en particular en la rebelión campesina salva-

doreña de enero de 1932; la conflictividad económica, social y política que se genera en la década de los setenta; el auge de los movimientos guerrilleros ante el cierre de las salidas políticas y el proceso de contra-insurgencia que le siguió.

A 20 años del asesinato de Monseñor Romero, la coyuntura permite visualizar su vigencia, para lo que acudimos al informe de la CEPAL (1999):

En 1999, la economía salvadoreña redujo su tasa de crecimiento a 2,5%, frente a 3,2% del año anterior. Este desempeño se explica por la adopción de políticas monetarias restrictivas, el menor dinamismo del sector externo y de los sectores de construcción y comercio. En general, el país siguió registrando una significativa estabilidad macroeconómica (no estamos hablando de equilibrios sociales), ya que la inflación fue muy baja, el tipo de cambio permaneció sin variación y las tasas de interés disminuyeron. El déficit del gobierno central tuvo un leve incremento (a 2,4% del PIB) y creció el déficit en cuenta corriente de la Balanza de Pagos.

En tanto, Monseñor Romero pertenece a esta América Latina y caribeña irredenta, interesa destacar la situación de la región en su conjunto y en el hoy. Lo requerimos por cuanto su pensamiento y acción, comprometida con los más pobres, constituye para nosotros/as una tarea siempre pendiente. Esto explica por qué realizamos una consideración especial al respecto.

Nuevamente, acudiendo al informe de la CEPAL, encontramos elementos para nuestro propio análisis: “La crisis financiera internacional siguió siendo el factor dominante de las tendencias económicas de la región de América Latina y el Caribe por segundo año consecutivo. El brusco descenso de las entradas de capital, unido al alto volumen de pagos al exterior por concepto de intereses y dividendos, se tradujo en una transferencia neta negativa de recursos de la región, por primera vez desde 1990. A la vez el bajo precio de los productos básicos (con la excepción del petróleo), junto con la caída del comercio intraregional en América del Sur, provocaron una disminución de los ingresos provenientes de las exportaciones en muchos países. Por lo tanto, pese a los esfuerzos de las autoridades por responder a las condiciones externas

negativas (que no necesariamente a la calidad de vida de las personas), la expansión del PIB mostró un estancamiento en 1999” (Cepal, 1999).

A este nivel del análisis, interesa traer a colación los planteamientos contenidos en el editorial de la Revista salvadoreña “Proyección Universitaria” N° 2, de octubre-diciembre de 1996. Tómese en cuenta que el editorial comentado da cuenta de la situación de América Latina y el Caribe, si partiéramos del año actual 2010, hace trece (13) años, y expresa: “Como la crisis (dice) ha afectado los procesos de acumulación de capital, los organismos financieros internacionales y los gobiernos del área se han dado a la tarea de poner en práctica políticas de estabilización y programas de ajuste estructurales, orientados a restaurar los desequilibrios macroeconómicos, cimentándolos en drásticas políticas en contradicción con la demanda social interna, tanto por la vía de reducir los ingresos reales, como los del gasto público, en particular del gasto social. Tales medidas se han aplicado a todo nivel, marginando los principios de equidad, por ende se ha socializado la pobreza y se ha privatizado más la riqueza”. No olvidemos que en El Salvador se había firmado los Acuerdos de Paz en 1992 y que en estos se contempló la existencia de un Foro Nacional de Concertación que debía, a decir de los directivos de la Universidad de El Salvador, consensuar el país que los diferentes sectores sociales querían para el tercer milenio.

Otras precisiones surgen de los datos que se han estado manejando como producto de la evaluación de los compromisos adquiridos por los gobiernos del mundo, en la Cumbre de Desarrollo Social (1995). Esta evaluación maneja que el porcentaje de la población en los llamados países en desarrollo, bajo la línea de pobreza, entre 1989 y 1994, era de 32% en total, y de 24% en América Latina y el Caribe. Esto es la población que vive con menos de un dólar USA por día (Fuente:Overcoming Human Poverty-UNDP Poverty Report 1998).

Según datos del Banco Mundial (sitio web), para 1998, la población de los países en desarrollo, viviendo con menos de un dólar USA por día, fue de 1.198,9 millones de personas, el 24% de la población; 78,2 millones en América Latina y el Caribe; Vale decir, el 15,6% del total. De

igual manera, la población viviendo con menos de dos dólares por día era 2.801,0 millones, el 56% del total, y en América Latina y el Caribe 182,9 millones; o sea el 36,4% del total.

Sin embargo, “el costo de proporcionar acceso al alimento, la educación, la salud reproductiva, agua potable y saneamiento para todos significaría unos US\$ 40 mil millones, menos que la cantidad que solicitó el Presidente Bill Clinton para el siguiente presupuesto militar, sólo bajo el rubro de ‘Nuevo armamento’” (Koffi, Annan, julio de 1999).

Patricia Garcé, Secretaria Ejecutiva de Control Ciudadano. ante la 38ª Sesión de la Comisión de Desarrollo Social de Naciones Unidas, agregaría: “Sr. Presidente la mitad de la población mundial vive hoy en la pobreza, y trata de sobrevivir con menos de US\$ 3 diarios. Esta situación escandalosa no se debe a falta de recursos sino más bien a un déficit de voluntad política ... En pocas palabras, Sr. Presidente, nuestra evaluación de la implementación de la Cumbre Social es que del dicho al hecho hay un largo trecho”. Garcé, febrero 8 del 2000).

Parece, pues, imperioso potenciar nuestros esfuerzos, definir nuestras responsabilidades y comprometernos con los y las más pobres. Tal y como lo hizo Monseñor Romero. *“He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirle que, como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección: si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad”*

MONSEÑOR ROMERO Y LA IGLESIA

Jesús Gazo s.j.



Cristo cargando la cruz- Jerónimo Bosch /detalle

Desde el año 1999 con la convocatoria al referéndum, cuando el pueblo debía aceptar o rechazar la nueva constitución ha sido una constante la postura de la iglesia, los empresarios y partidos políticos, que se puede sintetizar en noticias, que a partir de ese momento llegaban desde el exterior con un significado muy especial. “El empresariado, los partidos políticos, el capital y la iglesia van por el NO!, el pueblo va por el SI”. El

15 de Diciembre el SI se comió al NO. Pero la pregunta es ¿Con quién está la Iglesia?. Con el Capital o con los pobres?

¿Qué le pasa a la Iglesia Latinoamericana? Medellín había dado un vuelco sensacional a la historia eclesial. La opción preferencial por los pobres iba a marcar el ritmo y el curso de su esencia Pero en la Iglesia hay muchos niveles y estratos diferentes que pueden hacer saltar la chispa de la contradicción.

El caso de Monseñor Romero es paradigmático. El encuentro de la Conferencia Episcopal Venezolana (CELAM) tuvo lugar en Medellín en el año de 1968. El impacto se sintió por todos los valles y cordilleras andinas desde México hasta la Tierra de Fuego. Y sin embargo aparecieron resistencias, los olvidos el dejar pasar el huracán espiritual y volver a las andanzas, Monseñor Romero hasta 1977 pudo vivir 10 años, siendo ya obispo, sin haberse enterado de la revolución teológica y social que había significado el acontecimiento de Medellín.

Hombre bueno y piadoso, vivía tranquilamente en el paraíso eclesial de una espiritualidad sincera, pero no encamada, en la realidad trágica y dolorosa de su pueblo. El pueblo salvadoreño estaba viviendo la muerte de una lucha fratricida. Lucha social en la que trece familias explotaban despiadada e impunemente al resto de la población y lucha de guerrillas en la que gran parte del pueblo estaba comprometido con su liberación.

Monseñor Romero, obispo en su pequeña diócesis del interior, vivía con pasión su amor a la Iglesia y a las almas. Era un hombre espiritual muy metido y comprometido con las cosas de la iglesia, de acuerdo a la más estricta tradición. Faltaba por llegar el momento decisivo para su vida y conversión.

La sede de la Arquidiócesis de El Salvador había quedado vacía. La designación de un nuevo arzobispo era un asunto de suma importancia dadas las circunstancias que vivía el país, ardiendo por los cuatro costados. Había que buscar a un hombre que complaciera al mismo tiempo al Gobierno y al Vaticano. El gobierno salvadoreño pugnaba por un arzobispo que no se metiera en la política, que le dejara hacer

en su empeño de reprimir y acabar con la guerrilla. En la Diócesis de San Salvador había muchos sacerdotes y religiosos que, movidos por el espíritu del evangelio a la luz del Vaticano II y especialmente de Medellín, estaban comprometidos por la causa popular. Las comunidades de base estaban tocadas y muchas de ellas insertas en la lucha armada por la liberación.

Cuando Romero llega a tomar posesión de su nuevo cargo, su voluntad de servicio le lleva a ponerse en contacto con las fuerzas vivas de la diócesis. Pocos días después de su entrada triunfal en la capital tiene un encuentro “pastoral” con los representantes de todas las comunidades cristianas de la diócesis. Son 400 delegados que van a reflexionar, dialogar y esclarecer la participación de los cristianos en el enfrentamiento guerrillero. Monseñor Romero es recibido con una frialdad impresionante que raya en el rechazo. Es un golpe directo que toca su corazón. ¿Por qué es rechazado? se pregunta lleno de dolor el nuevo arzobispo. Un sacerdote amigo llama a su puerta al atardecer y se ofrece para darle una respuesta — “No se fíen de usted. Esta semana lo vieron entrar por las calles de San Salvador acompañado por el Presidente de la República. A usted lo identifican con él, considerado enemigo del pueblo y representante de la oligarquía”. La respuesta de Monseñor Romero no se hizo esperar: —Yo haré que crean en mí. El desafío había empezado.

Monseñor Romero conocía a Rutilio el Grande, sacerdote jesuita que trabajaba en un pueblo cafetero cercano a la capital. Eran amigos. Pero el amigo se había convertido de repente en súbdito diocesano. Relación fraterna y subalterna de obispo y sacerdote. Pero la amistad estaba allí. Romero apreciaba y confiaba plenamente en el amigo Rutilio. Pero Rutilio el Grande estaba embarcado en una empresa pastoral que rompía los moldes tradicionales del trabajo apostólico. Había organizado una cooperativa cafetera que empezó a dar resultados económicos sociales favorables a la población campesina. Podían vender directamente sus cosechas a precios más justos. Los perjudicados fueron los intermediarios que empezaron a acusar al párroco Rumio ante el nuevo arzobispo, de hacer trabajo político y subversivo y de colaborar con los comunis-

tas. La palabra comunista removió los cimientos ideológicos del obispo. No podía soportar que un sacerdote fuese comunista ni colaborador de comunistas. Y fue directamente a conocer la verdad. Allí se encontró con un hombre a quien el amor a los pobres lo llevó a organizar una cooperativa para ayudar a vivir con dignidad a los campesinos abandonados. Allí no había nada de “comunismo” y mucho de amor cristiano. La organización popular podía ser resultado de un imperativo evangélico. Pocos días después de esta visita Rutilio el Grande fue asesinado. Monseñor Romero supo inmediatamente quiénes lo habían matado. Algo empezaba a moverse dentro de sus sentimientos más profundos. La verdad dominó su mirada. Empezó a ver y a sentir tales cosas que no le quedó más remedio que seguir el camino peligroso que Jesús había señalado a sus discípulos. Decidió que en toda la diócesis el Domingo, sólo se celebrara una Misa en la Plaza de la Catedral ante el cadáver de Rutilio Grande. Los asesinos “cristianos” si querían cumplir con el sacrosanto deber de la Misa dominical tendrían que presenciar una celebración donde el centro eran las víctimas que ellos habían mandado matar. Naturalmente no asistieron. Pero tuvieron la osadía de hacer llegar ante El Vaticano su queja de que tenían un arzobispo que les impedía cumplir con el deber cristiano de la Eucaristía. La llamada de Jesús desde el Evangelio rompió todos los esquemas de su pasado espiritual. El amor incondicional a Dios siente que debe encarnarse en el amor cercano de su pueblo. Lo importante no era salvar su propia alma sino salvar al pueblo en su concreción inmediata de sufrimiento. Así se inició un proceso acelerado de conversión cuando parecía imposible a los 60 años.

Su conversión hacia la gente humilde debería ser una llamada a la conciencia eclesial de las jerarquías. Monseñor Romero conquista definitivamente el Corazón de su pueblo. El “Pueblo de Dios» veía en él al pastor que daba su vida por sus ovejas. La voz de Monseñor Romero se convirtió en la voz de los que no tenían voz y en la esperanza de los que no tenían esperanza.

Los cimientos de la Iglesia salvadoreña fueron conmovidos profundamente. Las Jerarquías civil y militar empezaron a ver en él una amenaza

cada vez más poderosa. El Gobierno se negó a recibirlo. Las cosas empezaban a ponerse claras. Un pueblo creyente, maltratado y humillado, en cuya conciencia cristiana surge el deseo de liberación, encuentra ahora en su máximo líder religioso un apoyo incondicional. La lucha se hace explosiva. En toda Latinoamérica se empieza a oír la voz del pastor a través de la radio y de las homilías que todos los domingos pronunciaba en la capital. Europa también escucha el mensaje y desde la Universidad de Bélgica se le reconoce su acción profética y se le otorga a Monseñor Romero el doctorado Honoris Causa: el Honor de la Causa de su pueblo brilla en la Academia Europea.

Monseñor Romero se convierte en un peligro para el gobierno salvadoreño y consecuentemente para el imperio norteamericano que sostiene ese gobierno. Surgen las amenazas de muerte. Desde Lovaina al Arzobispo le preguntan sobre esas amenazas y sobre el peligro de esas amenazas. —Perderán su tiempo. No tengo miedo a morir Si me matan, resucitaré en el pueblo—. Monseñor Romero se enfrenta al presidente de El Salvador a quien llamó mentiroso cuando le negó la existencia de presos políticos que él quería liberar El gobierno acude a Roma y el Papa llama a Monseñor Romero para pedirle explicaciones. El Vaticano no entiende a Monseñor Romero quien tiene que sufrir la humillación de un reo juzgado por una autoridad religiosa. Roma recibe informaciones no sólo de las autoridades civiles y militares sino también de los obispos salvadoreños. Pero Roma no pregunta al pueblo salvadoreño sobre la actuación y comportamiento de Monseñor Romero. El viacrucis se hace dolorosísimo sobre todo porque sus hermanos en el episcopado, los obispos de El Salvador, le dan la espalda y lo acusan ante El Vaticano. La soledad de Monseñor Romero empieza a hacerse trágica y sólo se ve iluminada por el clamor popular que sube hasta el Cielo. Su pasado eclesiástico le llevaba a comprender hasta cierto punto su situación y la incomprensión de sus compañeros religiosos en el episcopado. Sin embargo este fue su mayor sufrimiento confesado en su diario íntimo: “sentirse abandonado por sus propios hermanos” que al abandonarlo a él abandonaban también al pueblo de Dios, sencillo y sufriente, perseguido por el poder.

La figura y actuación de Monseñor Romero, su conversión a los 60

años, es una pregunta punzante y dolorosa para nuestra iglesia oficial de las alturas. Monseñor Romero con su postura, con su compromiso y entrega al pueblo, con su palabra profética: ¿era o no era fiel seguidor del evangelio? Es un dilema tremendo. Si no lo era, tenían razón Roma y la jerarquía al rechazarlo y tildarlo de temerario. Pero si lo era, ellos mismos tenían que seguirle y acompañarle. Pero ese camino estaba lleno de riesgos y tal vez el miedo a esos riesgos sea la razón que lo justifica todo. Monseñor Romero había ofrecido de antemano su vida; por eso no le importaba morir. El que pierde su vida la gana. ¿Cuántos obispos están dispuestos a apostar por la vida de los pobres que pone en peligro su propia vida?

A Monseñor Romero finalmente lo mataron. El 23 de marzo, Domingo de Ramos desde la catedral, conectada a muchas emisoras de radio, levantó su voz segura y profética y se encaró con las fuerzas armadas y la Guardia Nacional. —Hermanos, matan a sus propios hermanos. Cuando un hombre les da la orden de matar existe la Ley de Dios que dice No Matar. En nombre de Dios pues, y de este sufrido pueblo, les suplico les ruego, les ordeno: cese la represión.

Fue su sentencia de muerte. Los jefes militares no podían soportar que la tropa del ejército y los soldados paralizaran su acción represiva y ofensiva de la guerra y menos en nombre de Dios. Al día siguiente, lunes 24 de marzo, a las 8 de la tarde mientras celebraba una eucaristía en la capilla del hospital anticanceroso, de un solo disparo rompieron el corazón de aquel hombre que lo había entregado a su pueblo. Los pobres le habían enseñado a leer el evangelio y los pobres lo proclamaron santo en el mismo instante de su muerte. San Romero de América Pastor y Mártir nuestro”

Algunos obispos latinoamericanos y venezolanos justificaron su muerte por haberse metido en cosas que no le correspondían. Como si el amor tuviera límites en su compromiso de darse infinitamente. El entonces arzobispo de Caracas se negó a celebrar un funeral en la catedral porque hubiera sido un acto político”. Como si el no celebrarlo dejara de ser un acto político. Ni en la política ni en el amor hay neutralidad. Una misa celebrada en honor de una víctima que ha dado su vida por amar a los

pobres nunca puede ser políticamente neutra. O se está por las víctimas o por los verdugos; por los humildes o por los poderosos. La Iglesia de Jesús debe estar con los pobres y humillados de la tierra como Jesús. Por eso los poderosos de la tierra, civiles, militares, religiosos, mataron a Jesús y por lo mismo mataron a Monseñor Romero.

Si la Iglesia quiere ser fiel al evangelio —y si no lo es ¿para qué sirve? — tiene que estar por la opción preferencial por los pobres y a veces, muchas veces, esta opción va a significar posturas y actitudes políticas que no son de la complacencia del orden establecido. Nadie quiere la muerte pero hay que poner la vida por delante al servicio del amor y amar a los pobres a veces resulta sumamente peligroso. Defender al pobre puede desatar las iras de los poderosos y es cuando la iglesia, siguiendo a Jesús y a Monseñor Romero, debe hacer ofrenda de su vida para que los otros, los pobres, tengan vida y puedan seguir creyendo en Dios como Padre del amor y la esperanza.



MONSEÑOR ROMERO, UN CRISTIANO Y OBISPO MODELO

Orángel Rivas

orangelrivas@yahoo.com



palestrajm.blogspot.com

Estas reflexiones tienen el propósito de ayudar a comprender la figura y la obra de Monseñor Romero, desde la perspectiva humana, evangélica, eclesial y sociopolítica, de tal manera que su palabra, uno de sus carismas especiales, y su vida misma iluminen, en este tiempo de transformaciones en la patria de Bolívar, a la jerarquía de la Iglesia católica, a los cristianos, a los no creyentes, a dirigentes de organizaciones políticas, a las autoridades públicas y a los hombres y mujeres

de buena voluntad. Estamos en tiempos de definiciones, de escogencia de rumbos. La palabra y el testimonio de Mons. Romero, pueden ayudarnos a descubrir lo que Dios quiere para el pueblo venezolano.

1. Romero, persona tímida, con defectos, pero que pedía perdón

Monseñor Romero era una persona con una formación y un lenguaje teológico tradicional y conservador. Pero, como decía el padre Neto Barrera, era honesto y quería ser fiel a su compromiso, de ahí su apertura a Dios, que nos habla a través de los profetas del antiguo testamento y con la historia concreta del pueblo salvadoreño. Una cualidad fundamental de Monseñor Romero es su apertura al descubrimiento de Dios y a serle fiel. Romero descubre que Dios nos habla con los acontecimientos concretos, con la vida cotidiana de los campesinos salvadoreños, con sus sufrimientos y alegrías, con sus buenas y malas cosechas. La persecución, los asesinatos y la desaparición de catequistas, de campesinos, de líderes populares y de sacerdotes son maneras que Monseñor Romero tiene de descubrir el mensaje de Dios. Monseñor Romero era tímido, él mismo nos lo decía: ¿qué tímido me he sentido ante ustedes? Tenía dificultades para mirar a los ojos de las personas con quienes conversaba. Era introvertido, de pocas palabras, costaba un poco acercarse a él. Se enojaba con las personas más cercanas, especialmente, cuando las cosas no salían bien. Sus enojos eran pasajeros y luego pedía perdón.

Tenía defectos, pero los reconocía. Primer paso para corregirlos.

Monseñor era de un corazón sensible. Decía, por ejemplo, “se me horrorizó el corazón cuando vi a la esposa con sus 9 niñitos pequeños”, al referirse a una mujer de pueblo, cuyo marido fue desaparecido. “*Ya me duele el alma de saber como se tortura a nuestra gente*”. Esta sensibilidad de Monseñor Romero nacía de su cercanía con los pobres. Cuando sucedía algo grave se acercaba al lugar, consolaba a las víctimas, lo cual comunicaba. A los seis meses de su responsabilidad como arzobispo nos decía:

“Seis meses de caminar por el calvario de la Iglesia de la arquidiócesis

recogiendo muertos, consolando hogares, gritando no a la violencia”, (septiembre, 1977).

Monseñor vivió en un hospital, donde nos dice: *“que sentía de cerca el dolor, los quejidos del sufrimiento de la noche, la tristeza del que llega teniendo que dejar a su familia para internarse en un hospital”*. Monseñor no sólo habló de los pobres, como hacemos muchos, sino que vivió y murió como pobre.

Fue una persona que creyó firmemente en el diálogo. Hablaba con todo el mundo y a toda hora, en cualquier lugar. Recibía sin previa cita, simplemente había que hacer la cola.

Padeció, como todo hombre o mujer, de tentaciones. El mismo tuvo el valor de reconocerlo en su último retiro espiritual:

“Siento miedo a la violencia en mi persona. Se me ha advertido de serias amenazas. Precisamente esta semana. Temo por la debilidad de carne, pero pido al Señor que me dé serenidad y perseverancia. Y también humildad porque siento también la tentación de la vanidad”

2. La fe de Monseñor Romero

A pesar de los 30 años de su asesinato Monseñor Romero ha pasado a ser una figura excepcional para la Iglesia salvadoreña, de América, del mundo. Esa excepcionalidad expresada en su persona, en su arzobispado y en su nación salvadoreña tiene sus raíces en la fe de Monseñor Romero, que es lo más profundo en el corazón de toda persona. Para decir alguna palabra de la fe de Monseñor, como sencillamente le decía el pueblo. Es necesario expresar, primeramente, que creía en Dios, y esto es importante afirmarlo, porque, como dice Jon Sobrino, a Dios se le ha trivializado. No es una palabra vacía, lejana. Dios es la vida misma, es lo que da sentido a la justicia, la verdad, el amor.

Pero ¿en qué Dios creyó Monseñor? Creyó en el Dios de Jesús de Nazaret, por esto tuvo la radicalidad del propio Jesús, quien tuvo que cumplir la voluntad del Padre. Buscó y encontró, como Jesús, la verdad en la vida cotidiana y en los momentos extremos de la vida. El Dios de Jesús es del reino, de la verdad, el Dios de los pobres.

Monseñor Romero creyó en el Dios de reino, en el Dios que anunció el profeta Isaías, quien nos dice:

“los obreros edifiquen sus casas y las habiten, en que los campesinos planten viñas y coman de sus frutos”. (i.e. 65,21). Así es el mundo que Dios quiere. La pobreza es la negación de lo que quiere Dios. La gloria de Dios es que el pobre viva y tenga vida en abundancia.

Monseñor creyó en el Dios de la verdad, y murió por decir la verdad. La proclamación de la verdad fue la gran arma para luchar por la instauración del reino de justicia y de amor en El Salvador. Comunicaba en sus homilías, las cartas pastorales lo que acontecía, la expresión de la realidad, era veraz. De aquí su atractivo como predicador. Sus palabras expresaban la realidad de El Salvador, con él la palabra fue, es Palabra de Dios. Monseñor, le quitó, diciendo la verdad las cadenas de la palabra de Dios.

Los pobres fueron el camino de Monseñor para creer en Dios. En los pobres encontró a Dios crucificado, sufriente por nuestros pecados. Los pobres se convirtieron en la perspectiva de Monseñor Romero, para encontrar nuevamente a Dios. Por eso nos dice, el pueblo es mi profeta, porque le descubrieron, le mostraron al Dios que sufría y padecía por la represión o la opresión.

3. Monseñor, arzobispo

La fe de Monseñor Romero se expresó como arzobispo. Logró aumentar el prestigio y la credibilidad de la institucionalidad eclesiástica, porque al no ser vehículos de la fe, el pueblo deja de creer en ella, situación propia de nuestros países.

Monseñor, con su ministerio como arzobispo, logró revivir y confirmar en la fe a los salvadoreños, lo que reflejó en el crecimiento y la profundización de la fe del pueblo salvadoreño.

Monseñor cambió el sentido del poder institucional de la Iglesia. La institucionalidad eclesiástica tiene un gran poder, que ha sido utilizado tradicionalmente para imponer desde arriba normas a la sociedad o para una vida intraeclesial, dejando el mundo al libre albedrío de las personas y del mercado o aspirar a cambiarlo con testimonios personales de santidad.

Monseñor Romero puso la institucionalidad, el cuerpo de la Iglesia-arzobispado al servicio del reino de Dios y no lo ejerció como poder eclesiástico, en comparación con el poder del gobierno. Por esa razón no asistía a eventos “oficiales” donde estuvieran presentes estos dos poderes. El interlocutor válido y natural de la Iglesia era el pueblo, no el Estado. Al servicio del pueblo se puso el poder de la Iglesia, que se realizó con el pueblo, desde abajo.

La palabra de Monseñor Romero es la palabra de la iglesia popular salvadoreña, que lo acompañaba y ayudaba cada domingo a hacer la homilía. Todos hacían la homilía del obispo Romero: el pueblo, las comunidades cristianas, las organizaciones populares, que luchaban, se organizaban, eran asesinados, reprimidos. Se clasificaban los comunicados, las noticias de prensa, las denuncias que hacían las comunidades sobre la represión, comunicaban sus luchas. La Oficina de Socorro Jurídico del Arzobispado, organizaba la documentación sobre los desaparecidos, los detenidos, los asesinados y aportaba información sobre los problemas laborales. Monseñor Romero, la iluminaba con la Buena Nueva a los pobres y la convertía en homilía.

El pueblo cristiano de El Salvador se adueñaba los domingos de lo que es suyo, el templo, la Catedral de San Salvador, para escuchar la palabra de Monseñor Romero, se sentaban en el piso, le traían cartas, alimentos, fotos familiares y compartían su comida, sus sueños, angustias y sufrimientos. Con la presencia del pastor, del pueblo, de Dios, ese sitio se hacía sagrado.

4. Monseñor Romero, teólogo de la liberación y de la solidaridad

La teología de Monseñor Romero es una teología encarnada en el tiempo que le tocó vivir. Desde el juicio y el compromiso que tuvo con el proceso de la liberación del pueblo salvadoreño expresó su teología.

Principios cristianos de la teología de Monseñor Romero

La iglesia debe estar al servicio del reino de Dios, para lo cual debe comprometerse con su construcción concreta en el aquí y el ahora. Reconoce que muchas personas no creyentes, también están al servicio

del reino de Dios. El proyecto de Dios contradice los pecados de los proyectos de la tierra. La iglesia tiene que predicar el reino de Dios, para arrancar el pecado de todos los proyectos de la tierra y para animar la construcción de los proyectos en la medida del reino de Dios. (10 de febrero, 1989). En ese compromiso de la Iglesia por la construcción del reino, la iglesia no puede permanecer pura, incontaminada (3 de diciembre, 1978). Ante las acusaciones de que la Iglesia se está metiendo en política respondía:

“muchas personas que pertenecen a altas categorías y que se sentían dueñas de la Iglesia, sienten que la Iglesia las abandona y como que ha olvidado la Iglesia su misión espiritual, ya no predica espiritual, ya sólo predica política. No es eso, es que está señalando el pecado y esa sociedad tiene que escuchar ese señalamiento y convertirse para ser como Dios quiere” (8 de julio de 1979).

Los pobres son rostros concretos. Para Monseñor Romero el pobre no es sólo el pobre de espíritu, son los pobres concretos tal como nos lo plantea en consonancia con la conferencia de Puebla, en su cuarta carta Pastoral a la Arquidiócesis de San Salvador:

“en los cuales deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela:

-rostros de niños golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables; los niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar;

-rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo, en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación;

-rostros de campesinos, que como grupo social viven relegados, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan;

-rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos;

-rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desa-

rollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos;

-rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales;

-rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen”

Ese pobre concreto es la mayoría, es el pueblo, que en su existencia revela una contradicción, un conflicto con la clase oligárquica.

Los pobres son destinatarios y sujetos del reino de Dios. Los pobres deben ser gestores y responsables de su propio proceso de liberación y únicamente destinatarios, depositarios de beneficios. Por esto la importancia de que el pobre pase de “pueblo” a “pueblo organizado”. Monseñor defendió con fuerza el derecho de los pobres a organizarse y defendió a las organizaciones populares, las cuales tienen la finalidad de defender los derechos justos del pueblo y obtener reivindicaciones concretas, así como la importancia de que esas organizaciones del pueblo accedan al poder político y el pueblo organizado tenga capacidad de participar de forma sustancial en la conducción del país.

Monseñor le sale al paso a la calumnia de que la opción preferencial por los pobres es una parcialización sin criterios con las clases populares y como un desprecio a las clases poderosas. Ante lo cual puntualiza que la redención fue ofrecida por el propio Dios y asumida por Jesús con preferencia por los pobres. Reconoce que entre los pobres también hay mucho pecado. La Iglesia se esfuerza en apoyar a los pobres para que salga de los vicios, muchos de ellos producidos por las circunstancias históricas. Afirmaba Monseñor, que en nombre de la opción preferencial por los pobres, no se puede justificar el alcoholismo, la irresponsabilidad familiar, rivalidades vecinales y la explotación de los pobres entre sí.

La Iglesia debe ser propagadora de los valores del reino en el proceso de construcción de la nueva sociedad y cuando ésta se haya constituido.

Diríamos algo así como construir la nueva sociedad pasando por ella. Monseñor, fue más allá de anunciar los valores del reino, indicando caminos hacia esa nueva sociedad, con su evaluación de los proyectos políticos que estaban presentes en su tiempo, los cuales eran tres: el proyecto de la oligarquía, el proyecto de la Junta de Gobierno y el proyecto de las organizaciones populares. Monseñor condenó, de manera clara y fuerte, el proyecto de la oligarquía salvadoreña, por considerarlo pecaminoso y antievangélico. Para Monseñor, “Derecha significa cabalmente la injusticia social y no es justo estar manteniendo nunca una línea de derecha” (Diario de Caracas, 19-03-80). Hace un llamamiento a la oligarquía de su país:

*“Les repito lo que dije la otra vez: no me consideren juez, ni enemigo, soy simplemente, pastor, el hermano, el amigo de este pueblo, que sabe de sus sufrimientos, de sus hambres, de sus angustias y en nombre de esas voces, yo levanto mi voz para decir: no idolatren las riquezas, no las salven de manera que dejen morir de hambre a los demás. Hay que compartir para ser felices. El cardenal Lorscheider me dijo una comparación muy pintoresca: **hay que saber quitarse los anillos para que no les quiten los dedos**. Creo que es una expresión bien inteligible. El que no quiere soltar los anillos, se expone a que le corten la mano y el que no quiere dar por amor y por justicia social, se expone a que se lo arrebaten por la violencia” (6 de enero, 1980).*

Sobre el proyecto de la Junta de Gobierno de El Salvador Monseñor Romero fue cambiando su juicio, de acuerdo a la práctica política de la misma. Al comienzo, tuvo una esperanza. Identificó en la primera Junta posibilidades de cambio, ante las promesas de cambio y de diálogo con las organizaciones populares. Monseñor reconocía la honradez de algunos de sus miembros, lo cual explica su esperanza en esa primera Junta, que se desvaneció prontamente porque la Junta comenzó reprimiendo incluso las huelgas de los trabajadores. En esta Junta continuó la represión, no se esclareció la suerte de los desaparecidos políticos, ni se llevó a juicio a los responsables, lo cual había sido exigencia de Monseñor Romero.

Ante la segunda Junta el juicio de Monseñor es el siguiente:

“En las diversas coyunturas políticas lo que interesa es el pueblo pobre. Según les vaya a ellos, la Iglesia irá apoyando desde su especificidad, uno u otro proyecto político....Lo que se ha evidenciado esta semana es que ni la Junta, ni la Democracia Cristiana están gobernando al país.... sino el sector más represivo de las Fuerzas Armadas. Si no quieren ser cómplices de tanto abuso de poder y tanto crimen deben señalar y sancionar a los responsables....se siguen manchando sus manos con sangre ahora más que antes.”

Monseñor Romero condenó abiertamente el proyecto político de la Junta, lo definió como “reformas con garrote”, reformas con represión. Condenó la idea de la segunda Junta de eliminar a las organizaciones populares. Ante la agudización de la represión por parte del ejército, les pidió a los soldados que desobedecieran la orden de matar. Esto queda evidenciado en las palabras de su última homilía:

“En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordenó en nombre de Dios: ¡Cese la represión! (23 de marzo de 1980).

De igual manera, fue cambiando el juicio de Monseñor Romero sobre el proyecto popular, llegando a verlo como una esperanza para la paz. Porque los dos proyectos anteriores, el de la oligarquía y el de la Junta son proyectos inviables y existe una mayor maduración en las organizaciones populares.

Monseñor nos dice que la evangelización tiene que defender y alentar la organización política y social de los obreros y de las masas campesinas. Los cristianos están en el deber de promover la organización popular desde el pueblo y para el pueblo, lo cual no debe absolutizar lo político, sino permitir el desarrollo pleno de la persona y el respeto a los valores cristianos.

La Iglesia, nos dice Monseñor Romero, no debe permitir ser manipulada por ninguna actividad política, aunque al mismo tiempo su misión pastoral la obliga, a no abandonar su servicio específico de Iglesia a las organizaciones políticas, como es apoyarlas en lo justo de sus luchas y en el derecho a su existencia misma. Las organizaciones no deben ser

absolutizadas, porque pueden pasar a ser prioritarios los intereses de la organización a los intereses del pueblo. No hay que idolatrizar a las organizaciones.

Para los que creemos en Dios no hay neutralidad posible, y Monseñor Romero como cristiano hace consciencia de su rol, del lugar político que ocupa, del juego en que está metido, de la correlación de fuerzas en la lucha salvadoreña. Por eso examina el lugar desde donde actúa, reconoce, que la construcción del Reino, que la liberación de El Salvador, requiere de mediaciones organizativas. Por esa razón sabe que no puede ser neutral, se alinea con las organizaciones que están enfrentadas a la oligarquía. Pretende que su objetividad coincida con los objetivos de Dios, que ensalzó a los humildes y derribó del solio a los poderosos y con Jesús de Nazaret, que trajo la Buena Noticia para los pobres.

La palabra de Monseñor Romero era su praxis fundamental comprometida con los intereses de los pobres de Yahvé y con las organizaciones que se ha dado el pueblo salvadoreño, quien lo representaba. Veía en esas organizaciones caminos de esperanza, porque había pasos de unidad concretos, expresados en la Coordinadora Revolucionaria de Masas, donde participaban las fuerzas progresistas del país. Se alegraba, porque al fin querían romper – las personas y las organizaciones – con los intereses sectarios y partidistas. Monseñor Romero le otorgaba un gran valor a la unidad popular. Decía en una entrevista a Prensa Latina el 15 de febrero de 1980:

“Creo en las organizaciones de masas, creo en la necesidad de que el pueblo salvadoreño se organice....las organizaciones son las fuerzas sociales que van a empujar, que van a presionar, que van a lograr una sociedad auténtica....La organización es necesaria para luchar con eficacia; son necesarias para el proceso de liberación....Y porque estimo a las organizaciones de masas, siento una gran satisfacción por el espíritu de unidad”.

Monseñor Romero no se anda por las ramas cuando señala a los enemigos del Reino, a los causantes de la muerte de tanto pueblo. Le grita a la oligarquía en Lovaina: “¡abran las manos, den los anillos, porque llegará el momento en que les corten las manos!”. Afirma, posteriormente

que la causa de todo nuestro mal es la oligarquía salvadoreña, formada por un reducido núcleo de familias, a quienes no les importa el hambre del pueblo y para quienes la represión contra el pueblo resulta una necesidad, para mantener y aumentar sus niveles de ganancia.

Ante la opresión ejercida por una dictadura al servicio de los intereses de la oligarquía, Monseñor Romero, insiste que: “Los cristianos no le tienen miedo al combate; saben combatir, pero prefieren el lenguaje de la paz. Sin embargo cuando una dictadura atenta gravemente contra los derechos humanos, el bien común de la nación; cuando se torna insostenible y se cierran todos los canales de diálogo, del entendimiento y la racionalidad, cuando esto ocurre, la Iglesia habla del legítimo derecho a la violencia insurreccional”.

5. Monseñor Romero un profeta en América Latina

El martirio de Monseñor Romero está vinculado a su ser profeta. Su palabra profética es la que quisieron y quieren callar o se quiere seguir comunicando. Monseñor es un profeta, al igual que los grandes profetas de Israel, que culminan en Juan Bautista y Jesús de Nazaret. Como venezolanos, nos sentimos orgullosos de que en esta patria latinoamericana nos haya nacido un profeta, precisamente en El Salvador, el Pulgarcito de América, como lo llamó Gabriela Mistral.

Como afirmó Ignacio Ellacuría, con Monseñor Romero Dios pasó por El Salvador, porque con él se hizo presente en ese pueblo el amor, la misericordia y la justicia divina. Esto es así porque proclamó lo que Dios quiere directamente sobre la realidad histórica concreta. El meterse en política es intrínseco a los profetas, porque su palabra tiene dimensiones sociales, políticas, culturales, económicas. El profeta no es hombre de los templos, sino de la calle, de los medios de comunicación, que Monseñor utilizó en extenso, la radio YSAX, semanario Orientación, sus homilías dominicales en la Catedral de San Salvador. El profeta hace un juicio de la historia desde Dios, que fue lo que hizo Monseñor Romero como Arzobispo.

La visión de Monseñor Romero sobre el Salvador, no es más que una actualización de las visiones de los profetas de Israel. Hacia la mitad

del siglo octavo antes de Jesús de Nazaret, el reino de Israel era rico y próspero, pero la pequeña propiedad había desaparecido y las riquezas se concentraban en manos de unos pocos ricos. El lujo de unos insultaba la miseria de los pobres. En ese tiempo nos decía el profeta Amós:

“venden al inocente por dinero, y al necesitado por un par de sandalias. Pisotean a los pobres en el suelo y les impiden a los humildes conseguir lo que desean” (Amos, 2,6).

Esto sucede en medio de una escandalosa situación social, porque:

Están tendidos en camas de marfil o arrellanados sobre sus sofás, comen corderitos del rebaño y terneros sacados del establo...Beben vino en grandes copas, con aceite exquisito se perfuman, pero no se afligen por el desastre de mi pueblo” (Amos, 6, 4-6).

Una sociedad así es pecado, por ello los profetas denunció este desorden del Plan de Dios. Monseñor Romero, en línea con los profetas de Israel, denuncia el pecado de la injusta distribución de la riqueza y de la represión:

“Yo denuncio, sobre todo, la absolutización de la riqueza, este es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada, como un absoluto intocable. ¡Y ay del que toque ese alambre de alta tensión! Se quema” (12 de agosto de 1979).

Como profeta, denunció a los responsables concretos de la situación de represión y opresión: la idolatría del dinero, el poder militar al servicio de la oligarquía, la conducta represiva de los cuerpos de seguridad y la pérdida de sentimientos humanos.

“Cuando la derecha siente que le tocan sus privilegios económicos, moverá cielo y tierra para mantener su ídolo entero” (11 de noviembre de 1979)

“La causa de todo nuestro mal es la oligarquía; ese reducido núcleo de familias al que no importa el hambre del pueblo...la represión contra el pueblo resulta para ese núcleo de familias una especie de necesidad para mantener y aumentar sus niveles de ganancia”. (20 de enero de 1980)

Monseñor vio que el poder militar estaba al servicio de los intereses de la oligarquía y no del pueblo, cuando reprimía al pueblo y se convertía

en sostén del sistema económico opresivo. Los jefes militares se habían convertido en “juguetes de los que siempre han manipulado hasta lo más sagrado de nuestra patria” (4/12/79) y seducibles “por las presiones de quienes no quieren los cambios en nuestra patria” (24/12/79).

Ante el esquema de la seguridad nacional, Monseñor actuó con dureza:

“¿Dónde están los desaparecidos?»...¿Cuándo vuelven a la patria los exiliados?...¿Cuándo cesa la tortura y la captura arbitraria?.... ¿Cuándo se dará auténtica libertad y confianza a la Iglesia? ¿Dónde están las sanciones a los cuerpos de seguridad que han hecho tantas violencias?

En medio de la dura represión de la dictadura militar, Monseñor Romero, nos recreó la palabra de Dios, convirtiéndola en una palabra sentida y vivida. Nos la presentó como un profeta, con tal fuerza, claridad y convicción que el pueblo pobre de El Salvador acudía masivamente a las Misas de los domingos en la Catedral de San Salvador o las escuchaba por la radio. Sus homilías, aún hoy 20 años después, tienen gran vigencia, no son homilías etéreamente religiosas o eruditas, como a las que nos tienen acostumbrados, algunos sacerdotes y obispos de nuestro medio, porque son meditaciones comprometidas con la Palabra de Dios, con los dolores y sufrimientos y lucha del pueblo, que iluminaban, consolaban y daban fortalezas.

Finalmente, este hombre de Dios y del pueblo, ya en el mes de enero del año 1979, tuvo el presentimiento de que su muerte y resurrección estaban cerca. En una entrevista, del diario Excelsior expresó proféticamente:

“He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirles, que como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección. Si me matan resucitaré en la lucha del pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad.

“Como pastor estoy obligado, por mandato divino, a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aún por aquellos que vayan a asesinarme. Si llegaran a cumplirse las amenazas desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y por la resurrección de El Salvador....”

“El martirio es una gracia de Dios que no creo merecer. Pero si Dios

acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y señal de que la esperanza será pronto una realidad....”

“Mi muerte sea para la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro....

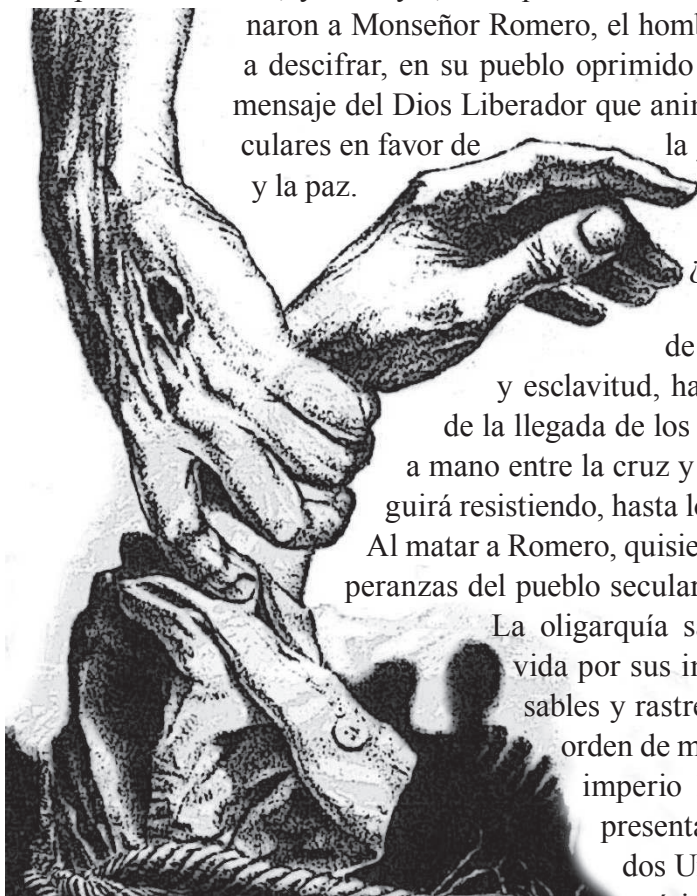
“Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás”.

30 AÑOS DESPUÉS DEL ASESINATO DE MONSEÑOR ROMERO...

“al pueblo, lo que es del pueblo”

*Javier Arrue**

Han pasado 30 años, y fue ayer, de aquel día nefasto en que asesinaron a Monseñor Romero, el hombre que aprendió a descifrar, en su pueblo oprimido y masacrado, el mensaje del Dios Liberador que anima las luchas seculares en favor de la justicia, el amor y la paz.



El noble pueblo salvadoreño, ¿cuántos años y cuántos siglos de muerte, saqueo y esclavitud, ha resistido – desde la llegada de los españoles, mano a mano entre la cruz y la espada-, y seguirá resistiendo, hasta lograr la victoria?

Al matar a Romero, quisieron matar las esperanzas del pueblo secularmente ignorado.

La oligarquía salvadoreña, movida por sus intereses inconfesables y rastreros, obedeció la orden de matar que le dio el imperio hegemónico, representado por los Estados Unidos de Norteamérica y las grandes

transnacionales del poder industrial y financiero.

Porque siempre, en el campo de las mil batallas de esta indómita América Latina y Caribeña, con las eternas confrontaciones entre pobres y ricos, poderosos y oprimidos, terratenientes y campesinos, siempre, siempre, el saldo ha sido la persecución y la muerte, torturas, desapariciones y martirios, y, luego, los inútiles “si yo lo hubiera sabido”, con las consabidas lágrimas de cocodrilo para ocultar complicidades vergonzosas. Ya no debe sorprender que la inmensa mayoría de los obispos y demás estructuras de la poderosísima organización eclesial, siempre habían pregonado su opción por los pobres, “pero” -y es un pero que huele a traición-, con la condición de que los explotados y oprimidos, no se revelaran contra las causas de su pobreza y exclusión, y aceptaran su destino manifiesto de miseria confortadora y marginación providencial en esta tierra, para, luego de morir de hambre, poderse ganar el cielo. ¿No fue esa misma jerarquía eclesiástica salvadoreña la que abandonó a su suerte a Monseñor Romero, y por eso lo mataron?

Es preciso aclarar que, los auténticos creadores originarios de la Teología de la Liberación, no son los teólogos y teóricos -profesionales y académicos de oficio-, sino los hombres y mujeres de nuestros pueblos y comunidades de base que cada día viven, caen, se levantan y luchan con amor, y hacen real la presencia solidaria de Dios en la historia de salvación colectiva de la humanidad. De este hecho inobjetable, surgirá, más adelante, una reflexión crítica a la ruta equivocada que tomaron muchos teólogos de la liberación, desde hace años, porque desconocieron algo tan esencial como evidente: Que esa teología -auténtico mensaje liberador para los pobres y oprimidos del mundo, y que predicó, hace ya 2000 años, Jesús de Nazaret-, fue rescatada por el oprimido pueblo latinoamericano, y, sólo él, puede hacerla crecer y encarnarse en el hoy y ahora de una esperanza que recorre, de punta a punta, toda la América Latina y Caribeña.

Un testimonio estremecedor lo vivimos en Venezuela, el 13 de abril de 2002, de feliz memoria para quienes soñamos construir un país sin exclusiones -grabado a sangre y fuego en nuestras almas-, cuando una niña de 13 años regresaba al hogar con su mamá, a contracorriente de todo el gentío que se derramaba desde los cerros y llenaba de multitud la Interco-

munal de El Valle-Coche, en la Caracas vestida de fascismo, durante las 47 interminables horas que duró el secuestro de nuestro Presidente.

Con el instinto que da la sabiduría popular, una parte del gentío se dirigió al Fuerte Tiuna, sede del Ministerio de la Defensa y de la Comandancia General del Ejército, donde los tanques y militares podían inclinar la balanza de una confrontación, eternamente desigual y habitualmente contraria a los intereses de los oprimidos. Al mismo tiempo, otras muchas decenas de miles de personas se dirigían resueltas hacia Miraflores, el Palacio Presidencial, de donde se habían llevado a Chávez, el hombre que había hecho posible vislumbrar un horizonte de esperanza para los y las eternamente excluidos/as.

“Mamá, esto me recuerda la parábola del buen pastor del Evangelio”. –“¿Por qué, mi hija?”, le preguntó la madre. “Porque en la parábola, el Buen Pastor salió a buscar la oveja perdida, y hoy, las ovejas han salido a buscar a su pastor”. ¡Extraordinario y palpitante testimonio de una jovencita que, en su sencillez, logra leer las huellas de Dios en las luchas de liberación de su pueblo!, porque la teología de la liberación no sale tanto de elucubrar y reinterpretar correctamente la Biblia y el Evangelio, sino del vivir colectivo de la humanidad en su camino de salvación.

Para quienes vivimos en Venezuela, todos estos relatos, no sólo son parte de nuestra memoria reciente, la que nos ha hecho soñar y rabiarse con esperanza, sino que han sido auténticas batallas emblemáticas, en las que hemos participado activa y decisoramente. Desde hace diez años se activó en Venezuela el protagonismo popular, y aquel 13 de abril de 2002, en el que rescatamos el hilo constitucional de nuestra Patria, nos remonta a la emblemática toma de la Bastilla en París (1789), como hito histórico de la Revolución Francesa, y retomamos la Guerra por la Independencia en los albores del Siglo XIX, que fue sellada con las batallas de Carabobo, Junín, Pichincha, Boyacá y Ayacucho.

Lo verdaderamente sorprendente es que hayamos podido resistir, durante 10 años, las agresiones del mayor imperio que ha conocido la humanidad. Estos 10 años apasionantes de la Revolución Bolivariana son, también, una extraordinaria vitrina para desnudar intereses y terribles

alianzas entre quienes siempre mangonearon el pasado, hoy pretenden aprovecharse de nuestro presente, y tercamente no renuncian a imponernos un futuro de ignominia. Esos grandes poderes trasnacionales, que se apoyan en oligarquías apátridas bendecidas por la jerarquía eclesiástica, no pueden admitir que un pueblo haya encontrado una ruta de liberación y esperanza, al llamado de un líder carismático, nacido de las entrañas del mestizaje criollo: Militar por vocación, humanista y cristiano esencial.

Como un granito de arena, queremos prestar una mirada desde la Revolución Bolivariana que surge en Venezuela, y se convierte en huracán al despertar la conciencia de toda América Latina y el Caribe, y se une al clamor universal de todos los pueblos de la tierra, que luchan por la justicia y la liberación del género humano. Reconocemos el sacrificio colectivo de nuestros pueblos originarios, y estamos comprometidos con la sangre de cientos de miles de mártires, mujeres y hombres, que han dado su vida en todos los países de Nuestra América, desde México a la Patagonia, con la Centroamérica desangrada, que, con un desprendimiento absoluto, constituyen un testimonio de amor infinito.

Hoy, en Venezuela -de la mano con todos los pueblos latinoamericanos en su camino vacilante hacia la libertad y la paz construida sobre la justicia, con sus triunfos y miserias, con sus héroes y villanos, incluidos los milagros-, se devela una verdad inobjetable que, durante siglos, permaneció escondida en las entrañas de América, detrás de cientos y miles de santos, santas y diablos, templos, proclamas, oraciones y pecados: ¡La Jerarquía de la Iglesia Católica, y no exclusivamente ella, no está con las y los pobres, sino que forma parte consustancial de la estructura de poder que domina el mundo!, y que se beneficia de esta atrocidad estructural.

Hace un par de años, abril 2008, con motivo de la beatificación en Caracas de la Madre Candelaria de San José, religiosa venezolana elevada a los altares, los obispos utilizaron el término “teología del consuelo”, expresión que se pretende contraponer, como alternativa, al resurgir de la teología de la liberación, y que tiene como principal referente a la

Madre Teresa de Calcuta, testimonio de solidaridad viviente, reconocido mundialmente, cuando dijo: *"Creo que es muy hermoso que los pobres acepten su carga, que la compartan con la pasión de Cristo. Creo que el mundo está siendo ayudado mucho por el sufrimiento de la gente pobre"*

Pero, si el tema que nos motiva estas reflexiones desde la perspectiva de la Teología de la Liberación y la devolución al pueblo, su genuino dueño, de San Romero de América, ¿por qué detenemos en una historia repetida tantas veces en nuestra memoria colectiva, desde el Papa Alejandro VI en 1492, cuando bendijo la alianza perversa de la cruz y la espada, que llegó a saquear nuestras riquezas y exterminar a nuestros pueblos, en nombre de un evangelio que sólo leían los curas, y en latín?

La respuesta a esta interrogante tiene una causa, tan evidente, como increíble, porque en Venezuela estamos desentrañando este aparente misterio: Aunque parezca mentira, los más emblemáticos y reconocidos "teólogos de la liberación" –en su mayoría jesuitas, que hace 30 años en Venezuela ayudaban a crecer la conciencia de los oprimidos desde dos indiscutibles trincheras contestatarias, como la revista SIC y los Cuadernos Socio Políticos del Centro Gumilla-, hoy, se han vendido a los intereses neoliberales capitalistas de la oligarquía empresarial venezolana y transnacional.

Los curas y monjas, que eran guía y testimonio de compromiso en la defensa de las luchas populares por los 70 y 80 del siglo pasado, recularon hasta la traición más evidente y manifiesta -y se aliaron a esa clase media que se vuelve fascista al ver en peligro sus privilegios-, cuando el pueblo venezolano inició su camino de auténtica liberación, en la búsqueda de otro sistema económico y social que no lo condenara al olvido y la exclusión. Aquellos curas -que habían mantenido una postura de avanzada y de izquierda postconciliar, mal vistos y perseguidos por el status clerical y político de una Venezuela, que se vendía al mundo como democrática y silenciaba a muerte a quien soñara con otro mundo posible-, hoy en día, desde la Universidad Católica y el sistema de educación privada, se han aliado a los intereses del imperio y a una

jerarquía recalcitrante y retrógrada, representada por la Conferencia Episcopal Venezolana (CEV).

Hay tres causas estructurales que ayudan a entender este aparente contrasentido: **La primera**, fue insinuada al comienzo de estas reflexiones, porque la teología de la liberación, que nace cuando los pueblos de América aprenden a leer, y las comunidades campesinas llegan a la Biblia sin sacerdotes ni expertos que les interpreten el mensaje evangélico, y miles y miles de hombres y mujeres, desde su humildad, descubren comunitariamente el mensaje liberador de Jesús de Nazaret. El evangelio, como buena noticia de salvación para los pobres, al fin, está en sus manos. No precisaron intermediarios, con necesidad de justificar y acallar la conciencia de mil delitos cometidos en nombre del que predicó el amor hasta dar la vida por los demás, como único camino para encontrar la felicidad colectiva en esta tierra.

Se imponen el amor y solidaridad, que llevan indefectiblemente al compromiso con los más débiles, porque somos hijos e hijas de un mismo Padre: ¡Bienaventurados los que luchan por la justicia! En muchos casos renacía el mensaje del carpintero de Nazaret, de forma inconsciente, sin leer ni conocer el Evangelio; sólo bastaba desentrañar la innata compasión de nuestro pueblo, con el dolor ajeno; era suficiente sistematizar la fortaleza que surgía del infinito compartir sus propias carencias, ver con qué facilidad nuestros hombres y mujeres se desprendían hasta de lo necesario y de la propia vida, con la alegría que da el amor compartido.

¿Qué hicieron los expertos y teólogos con el tesoro que salía a raudales de nuestras comunidades campesinas en todos los rincones de América? Al comienzo de los 70, empezaron a escribir libros sobre la Teología de la Liberación –Gutiérrez, Cetrulo-, con ese tesoro encerrado en las entrañas del pueblo latinoamericano, que quinientos años de opresión no habían podido erradicar; y el mensaje hecho carne de nuestra carne, comenzó a cruzar los mares y a reconquistar el continente conquistador con esa otra manera de vivir el cristianismo, que se salía de las iglesias, como la sacó del templo, aquel que no valoraba otro templo que el que teníamos palpitante en nuestras almas. Las facultades de teología y universidades

en Europa, academizaron el poder popular que surgía de la práctica diaria del amor fecundo y comprometido con el prójimo, y lo alejaban de su dueño originario. Volvía a darse, con la mejor intención del mundo, el saqueo del Continente Americano, pero, en este caso, anulando nuestra espiritualidad maravillosa e indomable, que se nutre con la generosidad infinita de millones de mujeres y hombres en la búsqueda de una sociedad amorosa, justa y solidaria.

La segunda fue que, el evangelio vivido así, era esencialmente subversivo y revolucionario, y tenía que haber seguido en manos del pueblo, enriquecido, sí, con el aporte y sistematización de los teóricos y teólogos, pero se personalizó en figuras emblemáticas, como Helder Cámara, Proaño, Monseñor Casaldáliga, Boff y Frey Beto, a pesar de que todos ellos reconocen que fue su convivencia con comunidades pobres lo que los convirtió y evangelizó. Nos ha hecho daño esa personalización de la Teología de la Liberación, que fue otra manera de anular su auténtica dimensión transformadora, porque, siendo la esencia de una ética colectiva y derrotero ineludible de la liberación de nuestros pueblos, se convirtió en una nueva ruta alternativa de santidad individual, como lo fue en la extraordinaria figura de Monseñor Romero, a quien ensalzaron y premiaron, hasta con un Doctorado Honoris Causa de la Universidad Católica de Lovaina, poco antes de que lo asesinaran en El Salvador, y que, todavía hoy, hay gente que busca la aprobación del Vaticano para que sea canonizado. Era otra manera de clericalizar una opción comunitaria, popular y, esencialmente, subversiva, que revelaba la fuerza de las clases más desposeídas.

Por eso, ¡qué fácil les resultó a muchos de nuestros teólogos venezolanos, a los que les queda grande eso de la liberación, aferrarse a sus libros, charlas y escritos libertarios cargados con miles de citas bíblicas, y dejar a un lado la lucha del pueblo por la justicia! Optaron por autocomplacerse con su imagen revolucionaria de curas comunistas, la que lograron en aquellos años de los que hoy reniegan, para justificar y avalar, sin atragantarse, las implacables leyes del mercado, los principios del máximo beneficio y la acumulación infinita de riquezas, fruto de la apropiación del trabajo ajeno.

Si la primera causa del fracaso de la teología de la liberación, dejó al pue-

blo llano sin el arma teórica de una espiritualidad amorosa y combativa, la segunda, puso la teología de la liberación a competir en un escenario totalmente ajeno al poder popular latinoamericano, que se expresaba a plenitud en las comunidades eclesiales de base y en todas las organizaciones revolucionarias que nacían y luchaban a lo largo y ancho de nuestro Continente.

La tercera causa estructural, que llevó al fracaso real de la Teología de la Liberación en Venezuela, y a su silenciamiento durante décadas en América Latina, es que, tanto los teólogos y teólogas de la liberación, y aquí pudiéramos decir que prácticamente todos, como muchos de los cristianos y cristianas consecuentes y comprometidos con las luchas populares, la consideraron como una propuesta esencialmente teológica y conceptual, en confrontación con otras concepciones más conservadoras y mejor posicionadas dentro de la ortodoxia de la Iglesia. No entendieron que la estructura jerárquica y de poder de la Iglesia Vaticana es un formidable aparato político, ideológico, económico, cultural y religioso, que los silenció y barrió de todas las universidades y centros de investigación religiosa. Se les vetó el derecho a escribir y expresar sus opiniones, no con la confrontación y discusión de ideas, sino con tácticas de guerra de silenciamiento y estrategias políticas de aniquilamiento, incluso, apoyando dictaduras militares y asociándose con los centros de dominación trasnacional del imperio norteamericano.

Mientras tanto, con absoluta ingenuidad, amor y obediencia a su Santa Madre Iglesia, nuestros teólogos y teóricos de la liberación, si no caían asesinados o eran desaparecidos, uno tras otro, junto a los cientos de miles de hombres y mujeres mártires latinoamericanas, el resto era silenciado y apartado de sus cátedras y universidades, prohibiendo sus escritos y satanizando sus contenidos, asociándolos a crímenes horribles y perversiones ideológicas, llenas de materialismos ateos y comunismos anticlericales. Cuando las policías y los cuerpos de seguridad de los gobiernos latinoamericanos se aliaban y hacían el juego sucio en favor de los Estados Unidos de América y sus marines invasores, las jerarquías eclesiásticas, de acuerdo a los lineamientos del Vaticano, aportaban el soporte moral y ético para justificar tantas atrocidades y violaciones masivas a los derechos

humanos de poblaciones enteras. ¡Esa jerarquía y poder clerical, siempre salieron triunfantes, y su ruta de éxitos tuvo hitos históricos en Panamá, Chile, Argentina, El Salvador, Nicaragua, Honduras y Guatemala!

Pero, ¡cuánto hemos aprendido en esta Patria de Bolívar, en los últimos 10 años!, porque, los que siempre eran triunfadores, no han podido doblegar la voluntad de un pueblo dispuesto a seguir el camino de la libertad y la justicia, que iniciaron, hace doscientos años, nuestros libertadores. Hemos logrado desnudar las intenciones, alianzas y los mecanismos diabólicos con los que siempre dominaron nuestras conciencias. ¡Qué arma tan letal, perversa y eficiente han llegado a perfeccionar con el manejo de la opinión pública y la creación de matrices de opinión, que ablandan el camino para justificar todas sus iniquidades! ¡Cómo se le cayó la careta a esa jerarquía eclesiástica cuando ampara a los medios de comunicación privada, fuerza de choque del imperio, y se hace eco de la manipulación mediática de las grandes agencias trasnacionales de noticias!

Pero, si individualizar la Teología de la Liberación fue un error que nos costó tan caro, no debemos caer en la personalización de una estructura de poder político, que construyó un aparato imponente de dominación y se apartó del mensaje liberador de Jesús de Nazaret: Se convirtió en un monstruo secular de opresión a través de símbolos religiosos, manipulación de conciencias y el engaño de miles de almas generosas, todo ello a nombre de un dios manipulador y vengativo.

Nuestra fe tiene una dimensión política que nunca debemos ignorar, considerando la política, según nuestro querido hermano Juan Vives, como la dimensión social del amor. Desde esa perspectiva, no tengamos miedo de confrontarnos con una religión que se apartó, para siempre, de aquel Dios que sólo podemos conocer a través del amor a nuestro prójimo. La política es ineludible a todos los seres humanos, lo que sí podemos elegir es, si nos ponemos del lado de los explotados y oprimidas, o del lado de los que explotan y oprimen.

* **Javier Arrue.** Coordinador de ECUVIVES (Encuentro Ecuménico Juan Vives). Diputado Asamblea Nacional, República Bolivariana de Venezuela.



Represión durante los funerales de Monseñor Romero celebrados el 30 de marzo de 1980
<http://espina-roja.blogspot.com>

LA DIMENSION POLITICA DE LA FE DESDE LA OPCIÓN POR LOS POBRES

Domingo Riera



Salvadoreños recuerdan a monseñor Romero / <http://www.nacion.com>

Para conocer el pensamiento de Monseñor Romero disponemos de cuatro extensas cartas pastorales y de las homilías que cada domingo predicaba en la catedral. Sin embargo, merece destacarse su discurso en ocasión de recibir el doctorado «honoris causa» en la universidad de Lovaina, Bélgica, el 2 de febrero, 1980, 50 días antes de su asesinato.

Para tan solemne acto preparó una síntesis amplia y profunda a fin de dar a conocer su vivencia de la fe y las implicaciones socio-políticas de su acción pastoral. Reproducimos directamente sus palabras sin comentario. Por motivo de espacio hemos realizado un extracto lo más completo posible.

“Vengo del más pequeño país de la lejana América Latina, trayendo en mi corazón de cristiano, salvadoreño y pastor el saludo, el agradecimiento y la alegría de compartir experiencias vitales. Permítanme interpretar este generoso galardón universitario como un cariñoso homenaje al pueblo de El Salvador y a su Iglesia, como un elocuente testimonio de apoyo y solidaridad para con los sufrimientos de mi pueblo y su noble lucha de liberación. Voy a hablarles como pastor que juntamente con su pueblo ha ido aprendiendo la hermosa y dura verdad de que la iglesia no es un reducto separado de la ciudad, sino seguidora de aquel Jesús que vivió, trabajó, luchó y murió en medio de la ciudad. Quisiera hablar de las repercusiones de la fe para el mundo y también de las repercusiones que la inserción en el mundo tiene para la fe.

Una Iglesia al servicio del mundo

La fe cristiana y la actuación de la Iglesia siempre han tenido repercusiones socio-políticas. Por acción o por omisión por la connivencia con uno u otro grupo social los cristianos siempre han influido en la configuración del mundo socio-político en que viven. El problema es cómo debe ser el influjo para que sea verdaderamente según la fe. La Iglesia está para solidarizarse con las esperanzas y gozos, con las angustias y tristezas de los hombres. El mundo de los pobres.

Nuestro mundo salvadoreño es un mundo que en su inmensa mayoría está formado por hombres y mujeres pobres y oprimidos. Y de ese mundo de los pobres decimos que es la clave para comprender la fe cristiana, la actuación de la Iglesia y la dimensión política de esa fe y de esa actuación eclesial. Los pobres nos dicen qué es el mundo y cuál es el servicio eclesial al mundo.

Primera parte

Actuación de la Iglesia de la arquidiócesis de San Salvador

a. Encarnación en el mundo de los pobres.

Como en otros lugares de América Latina después de muchos años y quizás siglos ha resonado entre nosotros las palabras del Exodo «He oído el clamor de mi pueblo, he visto la opresión con que lo oprimen».

Estas palabras de la escritura nos han dado nuevos ojos para ver lo que siempre ha estado entre nosotros, pero tantas veces oculto, aún para la mirada de la misma Iglesia. Hemos aprendido a ver cuál es el hecho primordial de nuestro mundo, «esa miseria, como hecho colectivo, es una injusticia que clama al cielo».

b. El anuncio de la Buena Nueva a los pobres.

Este encuentro con los pobres nos ha hecho recobrar la verdad central del evangelio con que la palabra de Dios nos urge a conversión. La Iglesia tiene una Buena Nueva que anunciar a los pobres. Aquellos que secularmente han escuchado malas noticias y han vivido peores realidades están escuchando ahora a través de la Iglesia la palabra de Jesús: «Dichosos Vds., los pobres porque de Vds., es el Reino de Dios». Y desde allí tiene también una Buena Noticia que anunciar a los ricos: que se conviertan al pobre para compartir con ellos los bienes del Reino. No hay ingenuidad en estas palabras, ni menos aún opio adormecedor.

Es una novedad en nuestro pueblo que los pobres vean hoy en la Iglesia una fuente de esperanza y un apoyo a su noble lucha de liberación. La esperanza fomentada no es ingenua ni pasiva. Es más bien un llamado a la propia responsabilidad de las mayorías pobres, a su concientización, a su organización. Y es un respaldo, a veces también crítico, a sus justas reivindicaciones.

c. Compromiso en la defensa de los pobres.

Las mayorías pobres de nuestro país son oprimidas cotidianamente por las estructuras económicas y políticas. Entre nosotros siguen siendo verdad las palabras de los profetas de Israel. Existen entre nosotros los que venden al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias; los que amontonan violencia y despojo en sus palacios; los que aplastan a los pobres; los que hacen que se acerque un reino de violencia, acosados en camas de marfil; los que juntan casa con casa y anexionan campo a campo hasta ocupar todo el sitio y quedarse solos en el país. Son realidades cotidianas cuya crueldad e intensidad vivimos a diario. Las vivimos cuando llegan a nosotros madres y esposas de capturados

y desaparecidos, cuando aparecen cadáveres desfigurados en cementerios clandestinos, cuando son asesinados aquellos que luchan por la justicia y por la paz. En esta situación, en que unos pocos controlan el poder económico y político, la Iglesia se ha puesto al lado de los pobres y ha asumido su defensa. No puede ser de otra manera, pues recuerda a aquel Jesús que se compadecía de las muchedumbres. Por defender al pobre ha entrado en grave conflicto con los poderosos de las oligarquías económicas y los poderes políticos y militares del Estado.

d. Perseguida por servir a los pobres.

Esta defensa de los pobres ha ocasionado algo nuevo en la historia reciente de nuestra Iglesia: la persecución. Vds., conocerán los datos más importantes. En menos de tres años más de cincuenta sacerdotes han sido atacados, amenazados y calumniados. Seis de ellos son ya mártires, muriendo asesinados; varios han sido torturados y otros expulsados. También las religiosas han sido objeto de persecución. La emisora del Arzobispado, instituciones educativas católicas y de inspiración cristiana han sido constantemente atacadas, amenazadas e intimidadas con bombas.

Si esto se ha hecho con los representantes más visibles de la Iglesia comprenderán Vds., lo que ha ocurrido al pueblo sencillo cristiano, a los campesinos, sus catequistas y delegados de la palabra, a las comunidades eclesiales de base. Ahí los amenazados, capturados, torturados y asesinados se cuentan por centenares y miles. Como siempre, también en la persecución ha sido el pueblo pobre cristiano el más perseguido. Hemos hecho el esfuerzo de no pasar de largo, de no dar un rodeo ante el herido en el camino, sino de acercarnos a él como un buen samaritano.

El constatar estas realidades y dejarnos impactar por ellas, lejos de apartarnos de nuestra fe, nos ha remitido al mundo de los pobres como a nuestro verdadero lugar, nos ha movido como primer paso fundamental a encarnarnos en el mundo de los pobres. Ahí hemos encontrado a los campesinos sin tierra y sin trabajo estable, sin agua ni luz en sus pobres viviendas, sin asistencia médica cuando las madres dan a luz y sin es-

cuelas cuando los niños empiezan a crecer. Ahí nos hemos encontrado con los obreros sin derechos laborales, despedidos de las fábricas cuando los reclaman y a merced de los fríos cálculos de la economía. Ahí nos hemos encontrado con madres y esposas de desaparecidos y presos políticos. Ahí nos hemos encontrado con los habitantes de los tugurios, cuya miseria supera toda la imaginación, y viviendo el insulto permanente de las mansiones cercanas. Pero lo más importante es observar por qué ha sido perseguida. No se ha perseguido a cualquier sacerdote, ni atacado a cualquier institución. Se ha perseguido y atacado a aquella parte de la Iglesia que se ha puesto del lado del pueblo pobre y ha salido en su defensa. Y de nuevo encontramos aquí la clave para comprender la persecución a la Iglesia: los pobres. De nuevo son los pobres los que nos hacen comprender lo que realmente ha ocurrido. Ellos son el pueblo crucificado, como Jesús, el pueblo perseguido como el siervo de Yahvé.

e. Esta es la dimensión política de la fe.

La dimensión política de la fe no es otra cosa que la respuesta de la iglesia a las exigencias del mundo real socio-político en que vive. No se trata de que la Iglesia se considere a sí misma como una institución política que entra en competencia con otras instancias políticas, ni que posea unos mecanismos políticos propios; ni mucho menos se trata de que nuestra Iglesia desee un liderazgo político. Se trata de algo más profundo y evangélico: se trata de la verdadera opción por los pobres, de encarnarse en su mundo, de anunciarles una buena noticia, de darles una esperanza, de animarles a una praxis liberadora, de defender su causa y de participar en su destino. Esta opción de la Iglesia por los pobres es la que explica la dimensión política de su fe en sus raíces y rasgos más fundamentales.

Segunda parte

Historización de la fe desde el mundo de los pobres

Desde la fe hemos juzgado las situaciones sociales y políticas. En este proceso la misma fe se ha ido profundizando, el mismo evangelio ha ido demostrando su riqueza. Algunos puntos fundamentales de la fe se han

visto enriquecidos por esta encarnación real en el mundo socio-político.

a. Conciencia más clara del pecado.

Ahora sabemos mejor lo que es pecado. Sabemos que la ofensa a Dios es la muerte del hombre. Sabemos que el pecado es verdaderamente mortal; pero no sólo por la muerte interna de quien lo comete, sino por la muerte real y objetiva que produce. Pecado es aquello que dio muerte al Hijo de Dios y pecado sigue siendo aquello que da muerte a los hijos de Dios. No se puede ofender a Dios sin ofender al hermano. Repetimos una vez más: la existencia de estructuras de pecado en nuestro país es pecado porque producen los frutos del pecado: la muerte de los salvadoreños, la muerte rápida de la represión o la muerte lenta, pero no menos real, de la opresión estructural. Por eso hemos denunciado la idolatrización que se hace en nuestro país de la riqueza, de la propiedad privada absolutizada en el sistema capitalista, del poder político en los regímenes de seguridad nacional en cuyo nombre se absolutiza la inseguridad de los individuos.

b. Mayor claridad sobre la encarnación y la redención.

Sabemos mejor qué significa la encarnación, que significa que Jesús tomó carne realmente humana y que se hizo solidario de sus hermanos en el sufrimiento, en los llantos y quejidos, en la entrega. Sabemos que se trata de una encarnación preferencial y parcial: una encarnación en el mundo de los pobres. Desde ella podrá la Iglesia ser para todos, podrá prestar un servicio a los poderosos a través de una pastoral de conversión; pero no a la inversa, como tantas veces ha ocurrido.

El mundo de los pobres nos enseña dónde debe encarnarse la Iglesia para evitar la falsa universalización que termina siempre en conveniencia de los poderosos. Nos enseña cómo ha de ser el amor cristiano que busca ciertamente la paz, pero desenmascara el falso pacifismo, la resignación y la inactividad; que debe ser ciertamente gratuito, pero debe buscar la eficacia histórica. El mundo de los pobres nos enseña que la liberación llegará no sólo cuando los pobres sean puros destinatarios de los beneficios de gobiernos o de la misma Iglesia, sino actores y protagonistas, ellos mismos, de su lucha y de su liberación, desenmascarando así la raíz última de falsos paternalismos aún eclesiales.

c. Fe más profunda en Dios y en Jesucristo.

O servimos a la vida de los salvadoreños o somos cómplices de su muerte. Y aquí se da la mediación histórica de lo más fundamental de la fe: o creemos en un Dios de vida o servimos a los ídolos de la muerte. En nombre de Jesús queremos y trabajamos naturalmente para una vida en plenitud que no se agota en la satisfacción de las necesidades materiales primarias, si se reduce al ámbito de lo socio-político. Nuestra historia es pues antigua. Es la historia de Jesús que intentamos proseguir modestamente.

Conclusión

Opción por los pobres: orientación de nuestra fe en medio de la política.

El honor de expresar en este ambiente universitario mi experiencia pastoral me ha obligado a hacer ésta reflexión teológica. La dimensión política de la fe se descubre en una práctica concreta al servicio de los pobres. La fe es la que impulsa a encarnarse en el mundo socio-político de los pobres y a animar los procesos liberadores, que son también socio-políticos.

Quedan muchos temas por tratar. Se podría haber hablado de la relación de la fe con las ideologías políticas, en concreto con el marxismo. Se podría haber mencionado el tema candente entre nosotros de la violencia y su legitimidad. Pero he pretendido esclarecerles el último criterio que es teológico e histórico, para la actuación de la Iglesia en este campo: el mundo de los pobres.

Los antiguos cristianos decían: La gloria de Dios es el hombre que vive. Nosotros podríamos concretar esto diciendo: La gloria de Dios es el pobre que vive. Creemos que poniéndonos al lado del pobre e intentando darle vida sabremos en qué consiste la eterna verdad del evangelio”.



Oscar Arnulfo Romero, oficiando misa al aire libre
<http://news.bbc.co.uk>

VALORES DEL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI EN MONSEÑOR OSCAR ARNULFO ROMERO Obispo Mártir de El Salvador

*A 30 años de su asesinato, Romero anunció
el proceso liberador de su pueblo*
Lídice Navas

Un pueblo organizado y combativo por una sociedad con justicia social, el pueblo salvadoreño, despertó en Monseñor Oscar Arnulfo Romero la opción por los pobres.



Seminario San José de La Montaña. San Salvador, El Salvador

De sus primeros años de cura párroco en su natal departamento de San Miguel, a comienzos de la década de los 60, se le recuerda como un hombre generoso con los pobres, pero también muy relacionado con las familias más ricas de allí. A comienzos de 1967 recibió el título de

Monseñor y fue nombrado secretario de la Conferencia Episcopal de El Salvador, por lo que tuvo que trasladarse a San Salvador, la capital del país. Alojado en el seminario San José de La Montaña, dirigido por jesuitas, conoció entonces al padre Rutilio Grande, de quien se hizo muy amigo.

Conviene recordar que en 1968 los obispos reunidos en la Segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano, en Medellín, Colombia, acordaron que la Iglesia debía estar al lado de los pobres, defender sus derechos, y que ellos no podían ser “ricos y amigos de los ricos”.

En 1970 Monseñor Romero fue nombrado Obispo Auxiliar de San Salvador, a cuya ceremonia de consagración asistieron los sectores pudientes de El Salvador, incluyendo al entonces Presidente de la República Fidel Sánchez Hernández. Monseñor Romero se mantenía al margen de las transformaciones de la Iglesia en el marco de lo acordado en Medellín, mientras frecuentaba a las familias ricas e incluso se reunía con sacerdotes del Opus Dei, llegando a apoyar la beatificación de su fundador, Escrivá de Balaguer.

Pero en 1974 fue trasladado a Santiago de María, departamento de Usulután, como Obispo de esa diócesis. Allí comenzó a sentirse la represión con el asesinato de campesinos, que lo llevó a escribirle una carta al Presidente Molina, de quien era amigo, protestando por la masacre. También vivió de cerca la explotación de las familias campesinas que durante las cortas de café dormían en la plaza del pueblo; Monseñor Romero buscaba ayuda de las familias ricas para darles comida caliente, pero no llegaba a cuestionar los salarios injustos que se les pagaba.

En una ocasión Monseñor expresó: — “Es que uno tiene raíces... Yo nací en una familia pobre. Yo he aguantado hambre, sé lo que es trabajar desde cipote... Cuando me voy al seminario y le entro a los estudios, paso años y años metido entre libros y me voy olvidando de mis orígenes. Pero en Santiago de María me volví a topar con la miseria. Con aquellos niños que se morían no más por el agua que bebían, con aquellos campesinos maltratados en las cortas. Ya sabe, carbón que ha sido brasa, con nada que sople prende. Y no fue poco lo que nos pasó con el

Padre Grande. Cuando yo lo miré al padre Rutilio muerto, pensé: si lo mataron por hacer lo que hacía, me toca a mí andar por el mismo camino. Cambié, sí, pero también es que volví a mis orígenes” — (tomado del libro “En Santiago de María me topé con la miseria”, página 151)

Ya en 1975 el país estaba siendo sometido a una fuerte represión y aunque Romero reconocía que el país tenía “un gobierno militar y represivo”, convocaba a “la sana colaboración con el gobierno”. En febrero de 1977, apoyado por los sectores más conservadores de la Iglesia y las familias más ricas e influyentes de San Salvador, el Vaticano nombró a Monseñor Romero como arzobispo de San Salvador. En esos días una manifestación había sido salvajemente reprimida por el gobierno en la céntrica plaza La Libertad, en la capital salvadoreña. Ante ello, Monseñor suspendió la ceremonia de toma de posesión como arzobispo y sólo realizó una sencilla ceremonia en el seminario mayor San José de La Montaña.

Un mes después sucedió un hecho que comenzaría a cambiar la actuación de Monseñor Romero con respecto a la situación política, social y económica en El Salvador: fue asesinado el padre Rutilio Grande junto con otros campesinos que lo acompañaban. Al día siguiente, Monseñor Romero, luego de consultas con otros sacerdotes donde se concluyó que la Iglesia se encontraba perseguida por su opción por los pobres, por su apoyo a las familias campesinas. Asumió la propuesta de celebrar una Misa única; por ello ordenó suspender todas las misas en la arquidiócesis para celebrar una Misa única en la Catedral como señal de duelo y protesta por el asesinato del Padre Rutilio, en la que participaron más de cien mil personas en la Plaza de la Catedral.

A finales de ese mismo mes, Monseñor viajó a El Vaticano y expuso la situación al Papa, quien le dió ánimos frente a la situación del país. Así comenzó a definirse a favor de los pobres y sus derechos, en particular el derecho a la vida. Se negó a asistir a todo acto oficial mientras no se aclarara la muerte del padre Rutilio; más frecuentemente acompañaba al pueblo en sus actividades. Acompañó al pueblo en los funerales de otro sacerdote asesinado en mayo de 1977, el padre Alfonso Navarro. “El pastor tiene que estar donde está el sufrimiento” (30 de octubre de

1977). Se trataba del sufrimiento de la mayoría del pueblo salvadoreño y de quienes lo acompañaban en su lucha por sus reivindicaciones socioeconómicas y políticas, víctimas todos, en esos años, de intensa represión por parte de los cuerpos policiales y las fuerzas militares.

A treinta años de su asesinato por escuadrones de la muerte a la orden de Roberto D'Aubuisson, dirigente del Partido ARENA –Alianza Republicana Nacionalista, de El Salvador- y cuyo autor intelectual, según conclusiones de la Comisión de la Verdad, instancia formada por las Organización de las Naciones Unidas –ONU- al finalizar doce años de guerra civil en ese país con la firma de los Acuerdos de Paz el 16 de enero de 1992, fue el mismo exmayor D'Aubuisson, en El Salvador, se ha abierto una puerta importante hacia la construcción de una sociedad con justicia social con el triunfo electoral del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional –FMLN-. Se cumplen 30 años del martirio de Monseñor Romero en un contexto donde en nuestro país, Venezuela, estamos debatiendo sobre la construcción del socialismo, sobre cómo debe ser el socialismo en nuestro país.

Nuestra Constitución de la República Bolivariana de Venezuela establece en su Preámbulo unas características de la nación, de la sociedad a refundar cuyos valores nos parece encontrar en la prédica y en la acción de Monseñor Romero. He preferido acudir a palabras propias de Monseñor Romero para que cada lector o lectora pueda extraer sus propias conclusiones sobre las semejanzas entre los valores cristianos que practicó y defendió Romero y los que planteamos quienes estamos comprometidos con la construcción de una sociedad socialista. Romero rechazó los valores capitalistas contra los que también luchamos quienes estamos empujando el socialismo.

Romero denunció, predicó y actuó asumiendo la dimensión política de la fe, es decir, donde la Iglesia actúa y responde de acuerdo a las exigencias de la situación real del país, a la situación sociopolítica en que se desenvuelve esa Iglesia, que ésta no puede ni debe evadir, en la que se compromete con los oprimidos y perseguidos. Así se expresa la verdadera opción por los pobres, para acompañarlos en la persecución a la que están siendo sometidos, de darles una esperanza; se trata tam-

bién de animarlos a una práctica liberadora, de defender su causa y de participar en su destino. Desde la fe, Monseñor Romero y con él otros sacerdotes y catequistas que asumieron el mismo compromiso y, como consecuencia, fueron capturados, desaparecidos y asesinados, juzgó las situaciones sociales y políticas que vivió su país y asumió una posición ante ella, entendiendo que es una ofensa a Dios la muerte del hombre y todo lo que lo conduce a la muerte.

Por eso ya el 16 de julio de 1977 expresaba: “El cristiano no debe tolerar que el enemigo de Dios, el pecado, reine en el mundo. El cristiano tiene que trabajar para que el reino de Dios se implante. Luchar por esto no es comunismo, luchar por esto no es meterse en política. Es simplemente el Evangelio que reclama más compromiso con la historia... Hay que combatir el egoísmo que se esconde en quienes no quieren ceder de lo suyo para que alcance a los demás. Hay que volver a encontrar la profunda verdad evangélica de que debemos servir a las mayorías pobres...”

“Todo hombre que deja pasar las injusticias, sobre todo si las puede evitar, se ha hecho cómplice” (10 de septiembre de 1978). Aquí se recoge la posición de Monseñor contra una Iglesia que se haga cómplice de la injusticia y la opresión.

Se convirtió en “la voz de los que no tienen voz”: denunció con fuerza a una administración de justicia al servicio de los poderosos y en contra de los pobres, así como todo el juicio contra Jesús fue toda una falsedad. Protestó contra los frecuentes “estados de sitio”, pero sobre todo contra la corrupta administración de justicia. Fueron numerosas sus exigencias para aclarar la suerte de cientos de capturados y desaparecidos. “Con este pueblo no cuesta ser buen pastor. Es un pueblo que empuja a su servicio a quienes hemos sido llamados para defender sus derechos y para ser su voz”, así decía Monseñor Romero en noviembre de 1979 de su pueblo salvadoreño.

Pero Romero, ante la falta de respuestas sobre capturados y desaparecidos, fue más allá de la denuncia: creó el Socorro Jurídico y una comisión investigadora de los desaparecidos y presos políticos.

Comenzó a ser acusado de enfrentar al pueblo con el gobierno. Ante ello, no vaciló en señalar su compromiso con el pueblo explotado:

“Fíjense que el conflicto no es entre la Iglesia y el gobierno. Es entre gobierno y pueblo. La Iglesia está con el pueblo y el pueblo está con la Iglesia. ¡Gracias a Dios! “La Iglesia se predica desde los pobres y no nos avergonzamos nunca de decir: la Iglesia de los pobres” (Homilía 24 de diciembre de 1978).

También denuncia al imperialismo norteamericano:

“Otra petición más delicada al gobierno de Estados Unidos. La noticia de la Prensa Gráfica dice, dentro, en el texto: ‘Estados Unidos considerará reanudar su asistencia militar si la nueva Junta mejora la situación de los derechos humanos’. ¿Qué ya se les olvidaría lo que en su reciente visita pidió el Papa para los países pobres? Estamos hartos de armas y balas. El hambre que tenemos es de justicia, de alimento, medicinas, educación y programas efectivos de desarrollo equitativo. Si se llega a respetar los derechos humanos, lo que menos necesitaremos serán armas ni métodos de muerte” (21 de octubre de 1979)

Por otra parte, también se pronunció contra la idolatría de la riqueza:

“Yo denuncio sobre todo la absolutización de la riqueza. Este es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada como un absoluto intocable ¡y ay del que toque ese alambre de alta tensión, se quema! No es justo que unos pocos tengan todo y lo absoluticen de tal manera que nadie lo puede tocar, y la mayoría marginada se está muriendo de hambre” (12 de agosto de 1979) y más tarde, en octubre del mismo año complementa esta posición expresando que “el cristianismo no puede admitir una propiedad privada absoluta” y en su Homilía del 6 de enero de 1980 cuando se dirigió a la oligarquía: “no idolatren sus riquezas, de tal manera que dejen morir de hambre a los demás. Hay que compartir”.

En este momento en que en nuestra Venezuela predomina todavía a diez años del proceso bolivariano el tener y poseer, en que el consumismo parece dogma de la vida (consumo, luego existo), y cuando la jerarquía de la Iglesia católica está del lado de los factores que durante más de doscientos años han detentado el poder económico en detrimento de la ma-

yoría del pueblo venezolano, esas palabras de Monseñor Romero cobran mayor vigencia. El espíritu, el discurso y la acción de Monseñor Romero se expresa hoy en los valores y líneas de acción del proceso bolivariano, en los valores que soportan la construcción del socialismo del siglo XXI.

Pero recojamos otros planteamientos:

Alertó a la oligarquía, a quienes detentaban el poder político sobre lo que vendría de mantener la situación de explotación y miseria a la que tenían sometido al pueblo:

“La oligarquía está tratando de organizar y ampliar sus fuerzas para defender sus intereses. Nuevamente, a nombre de nuestro pueblo y de nuestra Iglesia, le hago un nuevo llamado para que oiga la voz de Dios y comparta con todos gustosamente el poder y las riquezas, en vez de provocar una guerra civil que nos ahogue en sangre. Todavía es tiempo de quitarse los anillos para que no les vayan a quitar la mano” (13 de enero 1980) “El grito de liberación de nuestro pueblo ya nada ni nadie lo puede detener” (17 enero 1980)

“Es necesario acompañar al pueblo que lucha por su liberación” (15 febrero 1980)

En su Cuarta Carta Pastoral, Monseñor Romero ya había anunciado el proceso de liberación en el que había entrado el pueblo salvadoreño, llamando a la Iglesia a acompañar al mismo:

“La liberación integral de los salvadoreños, además de una conversión personal, exige un profundo cambio de nuestro sistema social, político y económico... Sin apartarse de su propia identidad, al contrario, siendo ella misma, la Iglesia ofrece al país el servicio de acompañarlo y orientarlo en sus anhelos de ser un pueblo libre y liberador.

La evangelización de este pueblo, en las actuales condiciones sociales y políticas, no puede contentarse con continuar la tradición de una predicación y una animación de carácter masivo o puramente moralizante, sino que tiene que emprender la educación personalizante de la fe que forme, a través de pequeños grupos de reflexión, hombres críticos de su ambiente con criterios valientes de Evangelio”.

Como parte de ese proceso, exhortó al pueblo a organizarse, apoyó a las

organizaciones populares, se solidarizó con el pueblo que se organizaba y era reprimido: en noviembre de 1979 decía: “Por eso insisto yo, mucha oración. Oremos, pero no con una oración que nos haga fugarnos de la realidad. Jamás vayamos a la iglesia huyendo de nuestros deberes de la tierra. Vayamos a la iglesia a tomar fuerzas y claridad para retornar a cumplir mejor los deberes del hogar, los deberes de la política, los deberes de la organización, la orientación sana de estas cosas de la tierra. Estos son los verdaderos liberadores”.

Y más adelante: “Creo más que nunca en las organizaciones de masas; creo en la verdadera necesidad de que el pueblo salvadoreño se organice, porque creo que las organizaciones de masas son las fuerzas sociales que van a empujar, que van a presionar, que van a lograr una sociedad auténtica, con justicia social y libertad. La organización es necesaria para luchar con eficacia. Pero también he sido franco con las organizaciones de masas y ese es un servicio que la Iglesia ofrece: señalar los posibles errores e injusticias. Y lo hago, repito, porque son necesarias para el proceso de liberación y no pueden ni deben perder de vista su razón de ser: fuerza social para el bien del pueblo. Hay que evitar el fanatismo, el sectarismo que impide establecer el diálogo y las alianzas” (15 de febrero de 1980)

“Cristo nos invita a no tener miedo a la persecución porque, créanlo hermanos, el que se compromete con los pobres tiene que correr el mismo destino de los pobres. Y en El Salvador ya sabemos lo que significa el destino de los pobres: ser desaparecidos, ser torturados, ser capturados, aparecer cadáveres. Y por eso la Iglesia sufre el destino de los pobres: la persecución. Se gloria la Iglesia de haber mezclado su sangre de sacerdotes, de catequistas y de comunidades, con las masacres del pueblo y haber llevado siempre la marca de la persecución. Precisamente porque estorba, se la calumnia y no se quisiera escuchar en ella la voz que reclama contra la injusticia” “... ni la Junta ni los demócratas cristianos gobiernan el país. El poder político está en manos de la Fuerza Armada. Ellos usan el poder inescrupulosamente. Sólo saben cómo reprimir al pueblo y defender los intereses de la oligarquía salvadoreña...” (17 de febrero de 1980).

Las numerosas amenazas de muerte no habían logrado amedrentarlo, firme como estaba en compartir el destino de su pueblo. Por ello más adelante, en marzo de 1980, había dicho: “Si llegan a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y resurrección de El Salvador. Que mi sangre sea semilla de libertad y señal de que la esperanza será pronto una realidad, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro”.

Denunció la complicidad de los medios de comunicación con la oligarquía, la manipulación y tergiversación de las noticias: “... he subrayado que la prensa debería ser instrumento al servicio del pueblo para la transformación de la sociedad... (15 de febrero de 1980)

Acompañando al pueblo, Monseñor Romero profundizó la denuncia de la represión con un llamado desesperado a los soldados salvadoreños ante tanto derramamiento de sangre de gente del pueblo: el día antes de su asesinato (23 de marzo de 1980): “Yo quisiera hacer un llamamiento muy especial a los hombres del ejército y, en concreto, a las bases de la Guardia Nacional, de la policía, de los cuarteles. Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y ante una orden de matar que dé un hombre, debe prevalecer la ley de Dios que dice: No matar.

Ningún soldado está obligado a dar una orden contra la ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. La Iglesia defensora de los derechos de Dios, de la ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre. En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno, en nombre de Dios: ¡CESE LA REPRESIÓN!

Hemos querido más que interpretar, ofrecer fielmente, a través de palabras de Monseñor Romero, los valores que practicó y predicó y que hoy forman parte indiscutible de los que propugnamos para construir el socialismo. Estos valores representan, como lo sintió Romero, la visión

desde los intereses del pueblo explotado, es con ellos como podemos avanzar hacia un hombre y una mujer nuevos. Valores que contrastan con las posiciones de la alta jerarquía eclesiástica venezolana en la actualidad, que ante la estatura de Monseñor Romero se desenmascaran como la antítesis

Todo lo que denunciaba y rechazaba Romero: la injusticia, la explotación, la opulencia, el poder oligarca, la actuación de las estructuras y la superestructura del estado para contener las luchas y avance del pueblo oprimido, forma parte del arsenal capitalista. Frente a ello llamó y acompañó al pueblo organizado, activo, para emprender un proceso liberador. Proceso liberador que, en El Salvador y en Latinoamérica, está en desarrollo.

MONSEÑOR ROMERO COMUNICADOR

Numa Molina s.j
Ponencia en la UCV



Mi condición de comunicador me ha llevado a investigar con detenimiento y asombro un aspecto en la vida de Mons. Romero que pocas veces ha sido abordado y del que se ha escrito muy poco, se trata del Romero Comunicador.

Según Jon Sobrino, hablar de Romero y la comunicación es hacer referencia a un hombre **de espíritu que comunicaba**, dos cualidades que se encontraban en el mismo sujeto. “comunicación con espíritu” señala el teólogo.

Algunos aspectos teóricos a considerar inicialmente.

Toda verdadera comunicación tiene que ser capaz de generar entre los sujetos que se comunican:

- interacción constante,
- autonomía y
- sentido crítico capaz de develar e interpretar la realidad. Y esos ingredientes los encontramos en la palabra expresada por Romero.

El verdadero comunicador es aquel hombre o mujer capaz de la empatía. Comunica y es creíble aquel que se pone en los zapatos del otro. Eso en

lenguaje teológico se llama encarnación. Por eso, de Jesús la gente decía que nadie les había hablado con tanta autoridad, es decir con tanta dosis de credibilidad, nadie había estado tan cercano y tan comprometido en su favor y por eso sus palabras tenían un gran peso comunicador.

Quiero desarrollar esta breve exposición puntualizando cada aspecto que, a mi modo de ver está presente en este personaje:

1. Romero se hizo carne de la misma de su gente, y por eso cuando hablaba sus palabras eran la voz de la mayoría que estaba silenciada por el sistema opresor.

Cada actividad humana requiere de un determinado **espíritu o fuerza interior** que la motorice. En el caso de la comunicación, esta debe ser movida por un espíritu de **verdad**. Romero aquí tuvo que hacer opciones muy contundentes y radicales.

Entre el **encubrimiento** y la **verdad** él optó por la verdad.

También en momentos decisivos el hombre debe elegir posturas, puntos de vista, criterios, que le garanticen alcanzar aquello que ha sido su opción.

En el caso de la comunicación, para que sea **efectiva** hay que optar por la **libertad**. Sin ella no es posible comunicar efectivamente. Hablo de una libertad interior no me refiero aquí a la libertad ambiental en que se viva, la que rodeaba a Romero por ejemplo, que era casi nula.

Esta libertad no es algo que surge en la comunicación así como espontáneo, es producto de la verdad aquella por la que había optado Romero. Una verdad tan a lo Cristo que es capaz de generar libertad en el sujeto que la vive. He aquí el principio evangélico proclamado por el mismo Jesús: “Si se mantienen fieles a mi Palabra, serán verdaderamente mis discípulos, conocerán la verdad y la verdad los hará libres” (Jn. 8,31-32). Claro que hay otras consideraciones a tener en cuenta en la comunicación como ya mencioné antes, la empatía por ejemplo, pero ellas también son herederas de verdad como modo de vida. No es posible una comunicación realmente humana que no favorezca a los hermanos y más grave aún, que no favorezca a los excluidos.

Romero fue fiel a la Palabra de Jesús, prueba de ello es que lo reconoció en el rostro del pueblo, diríamos que simultáneamente fue conociendo la verdad y con ella la verdadera libertad. Una prueba, si se quiere, más contundente, es que terminó su vida corriendo la misma suerte que el Maestro a quien había seguido.

Lo más interesante del Romero comunicador es que no gozó de todas las facilidades tecnológicas ni de derechos, fue todo lo contrario. Sin embargo Jon Sobrino dice que “fue el comunicador que ha tenido más “éxito en el país”

Rutilio Grande, jesuita y mártir salvadoreño antes que Romero decía: “la realidad salvadoreña, en Romero, toma la palabra, aquella palabra limpia y pura como el agua que baja de los montes”.

Sería apresurado decir que Romero fue un gran comunicador porque contaba con una emisora y un periódico, el semanario Orientación. Estos, como instrumentos, sólo podían expandir la palabra, pero la fuerza de la palabra de Romero no venía dada por el poder de los medios sino por la autoridad que le concedía el hablar con tanta verdad. De aquí también se deduce que el medio no es el mensaje, con todo el respeto que se merece McLuhan.

Monseñor Romero decía la verdad y creía en la verdad. Su opción de vida fue ponerse al servicio de ella, estaba tomado por la verdad, diríamos que poseído por la verdad.

Ese presupuesto fundamental fue el que le hizo comunicador.

Hoy muchas veces se piensa que comunicar de manera efectiva es tener mucha capacidad de actuación para entrar en contacto con el auditorio sin comunicar realidad y verdad sino más bien ligerezas y mentiras.

2. La pasión por la verdad en Monseñor Romero tenía dos raíces:

a) Una estrictamente cristiana: Dios es un Dios de la verdad, “Dios no miente” esto lo decía casi de ordinario pero con una gran explosividad.

Pues usando a Dios como criterio inapelable desenmascaraba la mentira de los hombres.¹

¹ Jon Sobrino.

b) La otra, cristiana también y que se la confirmaba la experiencia, era que la verdad está a favor de los pobres: (y algunas veces es lo único que tienen a su favor). La verdad los saca del anonimato al que los ha condenado la sociedad. Cito nuevamente a Jon Sobrino “la verdad toma al pobre y lo envía de regreso a la realidad para que tenga por lo menos el mínimo de dignidad”

Una mujer campesina en una humilde carta escrita a Romero a mediados del año 79 le dice cosas como esta, refiriéndose a sus transmisiones por radio: “soy fiel oyente de la difusora YSAX, en donde recibo la voz de aliento, me siento feliz cuando usted habla sólo la verdad y sólo la verdad”

Cuán difícil es optar por la certeza de los hechos a pesar de los riesgos que se corran. Capitalistas, civiles, eclesiásticos, todos estamos propensos a encerrar la verdad para que no se haga clara como el día. Ahora esto ¿Qué mecanismos tiene? el más eficaz consiste en el de mantener la ignorancia del pueblo y ese es el punto álgido al que Romero apuntó.

Con su mirada aguda de pastor y profeta Romero va desenmascarando la mentira delante de su pueblo y mostrándole el tejido encubierto por medias verdades.

“el paro tenía también una intencionalidad política, la de demostrar que la represión en vez de intimidar a las organizaciones populares las estaba robusteciendo y la de rechazar la posición del actual gobierno que necesita de la represión violenta para llevar adelante sus reformas, unas reformas que por diversos capítulos no son aceptables por parte de las organizaciones populares”

Así este Pastor va interpretando cada día la intención política e ideológica de la oligarquía salvadoreña y mostrándola al pueblo con palabras sencillas para que descubra cual es el origen de la enfermedad social que lo mata.

Romero es audaz para interpretar el fenómeno de la comunicación a través de los grandes medios que manejan la información para manipular la verdad y oprimir a los pueblos del tercer mundo: “el estado de sitio y la desinformación a la que nos tienen sometidos tanto los comunicados

oficiales como la mayor parte de nuestros medios de comunicación, no permiten todavía medir con objetividad el alcance del paro nacional. Radios extranjeras han hablado de un setenta por ciento del paro, lo cual sería ciertamente una proporción altísima que podría estimarse como un triunfo notable” Se refería a los medios salvadoreños y su posición frente a la gran marcha organizada por la Coordinadora Revolucionaria de Masas que aglutinaba a todas las organizaciones populares. Fue la más grande manifestación popular realizada en la historia de El Salvador, calculada en unas 200 mil personas (22 de enero de 1980)

También en otras oportunidades le recuerda al pueblo que: “No todo lo que está en el periódico, no todo lo que se ve en el cine o en la televisión, no todo lo que nos dice la radio es verdad. Muchas veces es precisamente lo contrario, la mentira”² Así construye Romero los preceptores críticos que necesita ante la manipulación reinante de la información. Refiriéndose a los periodistas afirmaba: “Un periodista o dice la verdad o no es periodista”

Mirando la panorámica histórica de su patria despoja a la derecha de su ropaje porque su conducta es claramente pecado: “Derecha significa cabalmente la injusticia social y no es justo estar manteniendo nunca una línea de derecha” así declaraba a El Diario de Caracas el 19 de marzo de 1980.

Romero va contando sus muertos, tiene estadísticas pero no son sólo un número sino que cada muerto tiene nombre y ocupa un lugar en su vida de pastor. Basta recordar que en enero de 1980, año de su muerte, se produjeron 265 asesinatos, 236 en febrero y 514 en marzo.

Otra manera sutil de encubrir la verdad en la comunicación es el olvido; en el discurso se le va introyectando al pueblo que la paz ya llegó, que ya pasó la crisis, etc. o mediante eufemismos como “países en vías de desarrollo” “democracias incipientes”, etc. y se puede usar hasta la libertad de expresión para anular la verdad.

El Romero profeta y comunicador tiene peso en sus palabras y eso es suficiente para mantener viva la verdad en la memoria de su pueblo. Se

2 *Homilía 07/05/1978*

ocupa de actualizar los hechos para que su pueblo no pierda la memoria histórica de lo que verdaderamente ocurrió. Esa también fue la razón por la cual asesinaron en Guatemala a Monseñor Gerardi

La visión cristiana de la realidad en Romero toma cuerpo, se convierte en quehacer cotidiano, por eso afirmaba:

“Defender los derechos humanos es colaborar con Cristo en la redención de la dignidad humana”

En fin, el discurso y la persona total de este Obispo está toda transida de verdad. Por eso todos, seguidores y adversarios afinan el oído para escucharlo porque saben que en él no hay posturas ambiguas. Romero es profeta y ser profeta es ser hombre de la palabra, el profeta consagra su existencia principalmente a transmitir la palabra de Dios, una palabra respaldada por el testimonio que va tomando forma cotidiana en cada acontecimiento.

3. La radio de Romero

Su fundador fue Mons. Luis Chávez, su antecesor.

Compró la frecuencia de un teniente coronel con el fin de promover al campesino a través de las escuelas radiofónicas.

Se inauguró el 13 de junio de 1961

Fue determinante el ejemplo de Radio Sutatenza de Colombia

En 1970 YSAX define su objetivo estratégico: ser canal idóneo para llevar a todo el pueblo la verdad, la esperanza y las razones para seguir luchando por un mundo más humano.

Se desarrolló programas educativos, de noticias y entretenimiento.

Fueron tiempos en que el P. Rutilio Grande y otros empezaron a usar la radio para que los campesinos aprendieran más sobre la Biblia, la evangelización y sobre los documentos aprobados por los obispos en Medellín.

Se difundía programaciones que entretenían, formaban e iban creando conciencia en el pueblo salvadoreño. Entre otras mencionamos:

Jurado número 13

Mi tío Juan y un tal Jesús

Esto aumentaba el odio de la clase alta nacional.

De ahí que pronto fue tildada de comunista y subversiva. Las casas grandes le negaron sus donativos. Fue incendiada en 1972

Sin embargo la palabra de Romero a partir de 1977 fue dominicalmente ininterrumpida. Decir la verdad y reclamar justicia le ganó que sus instalaciones fueran dinamitadas una y otra vez.

Romero sabía el valor que este medio tenía en la concientización del pueblo. Un testigo presencial, Jacinto Bustillo, refiriéndose a uno de estos acontecimientos y cómo afectaban a Romero señala: “La cara de monseñor Romero cuando llegó a ver aquella ruina era una sola ansiedad. Tener la emisora fuera del aire sí que lo impacientaba. Se sentía renco, manco, mudo”³

En 1980 fue cuando los atentados se recrudecieron. Uno de ellos la dejó silenciada por dos años.

El 27 de enero ante un atentado a la radio Mons. exhorta al pueblo a no quedarse callado: “El mejor micrófono de Dios es Cristo. Y el mejor micrófono de Cristo es la Iglesia. Y la Iglesia son ustedes, cada uno de ustedes desde su propio puesto, desde su propia vocación... cada uno en su puesto viva intensamente la fe y siéntase en su ambiente verdadero micrófono de Dios nuestro Señor”

Gracias a la radio, hoy contamos con casi todas las homilias de Romero grabadas en casetes. Juega además esta emisora un papel casi único en la memoria histórica del país. Actualmente la radio PAZ que es la antigua YSAX está sumida en un monólogo espiritualista ajeno a la realidad del pueblo. Un salvadoreño, perteneciente a la Asociación de Radios y Programas Participativos de El Salvador (ARPAS) me comentaba a través de un correo electrónico lo siguiente: “cosas de la vida: lo que no pudieron hacer las bombas, incendios y ametrallamiento, la Iglesia actual lo realizó rápidamente, cumpliendo órdenes de la nueva Junta Directiva de Radio Paz ... ¿qué les parece?”

³ López Vigil, María. *Piezas para un retrato*.

Difícil es, amigos, optar por la verdad como lo hizo Romero. Hace falta creer profundamente en el Dios de Jesús, que es el mismo Dios de los pobres de América Latina.

Monseñor Oscar Arnulfo Romero ...y con tu espíritu

Luis Aníbal Velásquez



Desde muy niño tuve la creencia de que los sacerdotes por estar cerca de Dios no morían, sino de viejo. Y posteriormente, al crecer, me di cuenta de que esa afirmación no era del todo cierta. “Cuando creemos que las cosas marchan bien, lo mismo que cuando sabemos que van mal, los hombres y los pueblos necesitan de los profetas” o de los poetas. Anunciadores de nuevos mundos, y quizás, ni siquiera logren ver esas sociedades posibles en la utopía. Decimos o aseveramos tal apreciación, porque monseñor Oscar Arnulfo Romero, es un profeta revolucionario de Dios venido desde las cortes conservadoras de la iglesia salvadoreña para luego asumir su evangelio verdadero en la dimensión del compromiso. Acompañó a sus hermanos sacerdotes en los momentos difíciles de la dictadura, los vio morir. Poco a poco cambió su óptica ingenua y se decidió a cargar su cruz. El pastor fue a reconciliarse con el pueblo sufrido, atormentado, torturado, desaparecido y humillado de

El Salvador. Y su imagen se convirtió por la seriedad de su palabra en el púlpito, y por sus actos en el evangelio resucitado de Centroamérica y América Latina. Porque los pueblos venían de sufrir por décadas desde los años 60 hasta los ochenta por gobiernos socialdemócratas o democratacristianos que fueron malas democracias o dictaduras encubiertas, apoyadas desde el exterior por “hombres insensatos” Los demócratas disfrazados de cristianos de frac y levita, los poderosos grupos económicos de dentro y fuera del país, nunca imaginaron que desde el púlpito surgiría la voz para hablar en el desierto de la miseria y la pobreza; la palabra viva de monseñor Romero. Pero cuando hay órdenes superiores no hay seres importantes qué respetar, el imperio asesina y nada lo detiene. Porque en la lógica del capital se escribe en las entrañas de la barbarie y la sangre como forma de reproducirse en el tiempo. Sin embargo, el pueblo de Jesús de Nazaret, fue viendo en los ojos apocalípticos de Monseñor Arnulfo Romero la transparencia de sus sermones y lo hizo su líder espiritual. Sus ovejas entonces empezaron a caminar con él hacia la utopía de una vida y un cielo salvadoreño más humano y verdaderamente cristiano. Quien dispara al corazón de la esperanza de los pueblos y eso lo representaba monseñor Romero...no puede ni debe llamarse hombre, es un asesino, mentes vomitivas que no tienen escrúpulos porque han momificado sus valores en el dinero y su riqueza. El pueblo salvadoreño le enseñó a Monseñor Romero el camino que conduce a Dios; pero no a cualquier Dios, sino al de la justicia material y espiritual. Y no dudó monseñor Romero cuando debió levantar el cuerpo de Cristo. En ese instante de consagración y contemplación con su pueblo. Los cobardes, los francotiradores de corbatas le dispararon al corazón. A un corazón de la paz, de la nobleza. Las ideas y el ejemplo de monseñor les mortificaban. Puso la otra mejilla. En este mundo contemporáneo predicar es vivir con los dolores y las esperanzas de los Otros. Malaventurados, ciegos de su propia salvación.

Decía Monseñor “...el evangelio me impulsa a hacerlo y en su nombre estoy dispuesto a ir a los tribunales, a la cárcel y a la muerte...” es palabra de monseñor Romero, y con todo tu espíritu. Cuántas veces debió salir en horas de la madrugada a socorrer a su gente humilde, habló con

políticos y militares para que entendieran que masacraban a su pueblo, muchos de sus sacerdotes quedaron muertos en el camino y gente humilde desaparecida. Monseñor Oscar Arnulfo Romero fue fiel a su palabra y dio su vida, para que con él resuciten, todos, en la memoria geográfica e histórica de América Latina y el mundo. Monseñor Romero venía del más pequeño país de Centroamérica. Sus pasos reflexivos y críticos salieron desde el colibrí. Santa sea su palabra del pastor de América. En este continente, vive entre nosotros y su voz empieza a reconocerse y pregona desde su ejemplo la Buena América entre hermanos que ahora tienen rostros y hacen la historia con sus manos de obreros, campesinos, estudiantes, amas de casas, cristianos. Monseñor Romero tuvo la virtud inmanente de conocer la derecha política y ortodoxa de El Salvador, y posteriormente, logró entender que la Teología de la Liberación era la expresión más humana del Cristo Redentor. Esta reflexión surgió de su experiencia cuando les ve la cara a los verdugos de su propio pueblo. No se explicaba que un país gobernado por un demócrata cristiano como Napoleón Duarte, que profesaba la ideología cristiana, no permitiera expresarse al pueblo por sus reivindicaciones básicas de agua, luz, aseo, trabajo, derecho al estudio y a la salud, sino que a cambio de tal actitud, le diera represión, persecución selectiva y muerte. Monseñor Romero debió vivir esa confusión y su obligación era elegir entre aquéllos ciegos de adulación y poder, y los humildes o “desterrados de la tierra”, allí estuvo su hidalguía y atraviesa la historia con dolor, pero con sabiduría, al lado de Cristo, Allende y el Che.

CON DIOS O CON EL DIABLO

*Juan Vives Suriá**



The Pharisees Question Jesus by James Tissot

Con la gente o con el mercado. Es el dilema que nos plantea la globalización mercantil que excluye al 80% de la Humanidad y acaba con la Tierra. No pueden servir a Dios y al Dinero, dijo Jesús en el Sermón de la Montaña. Desde entonces, los fariseos empezaron a confabularse con los poderosos para condenarlo por blasfemo y agitador: "se opone a que paguen los impuestos al César y pretende ser el rey enviado de Dios". Lo crucificaron para preservar la Paz Romana.

En tiempos de la guerra fría (muy caliente en Centroamérica alentada por la fe), se confabularon los poderes para asesinar a monseñor Oscar Arnulfo Romero. En 1977 lo nombraron Arzobispo de San Salvador

para acabar con los curas “marxistas” que hacían peligrosa a la Iglesia. Era un obispo observante y probo. Cuando vio que los mataban por ser fieles al Evangelio, se puso al lado del pueblo que luchaba por una causa justa: la autodeterminación de los pueblos. Un país pobre en manos de 14 familias, bajo una tiranía militar desde la insurrección popular de 1932 que dejó 30.000 muertos.

Tras las dictaduras militares, Washington impuso una Junta (democris-tiana) de Gobierno, con la política de reformas con represión “Se agudizó la injusticia y la represión contra el pueblo organizado” (Mons. Romero). Para investigar las denuncias y dialogar con la gente, organizó el Socorro Jurídico y montó una emisora y el semanario Orientación (varias veces dinamitados). Sus homilías copaban la sintonía nacional y mantenían viva en el mundo la llama de Vaticano II y Medellín (hoy desvanecida en la Iglesia).

En carta al Presidente Carter, denunció la violencia represiva financiada por el gobierno de los EE. UU. Proteger los intereses de la oligarquía y quebrar el proyecto político del pueblo salvadoreño. En su última homilía ordenó a los soldados NO MATAR, y terminó gritando con toda el alma: CESE LA REPRESION (interminables aplausos). Sabiendo que estaba amenazado de muerte, los fariseos lo dejaron solo. El día 24 de marzo de 1980, celebrando la Eucaristía, le clavaron un tiro en el corazón. La misa de entierro terminó con la sangre del pueblo que aclamaba a su pastor. Soy testigo de aquel Domingo de Ramos que se tornó Viernes Santo y Pascua de Resurrección...

Si me matan, había dicho con humildad, resucitaré en mi pueblo. Y resucitó en el mundo entero – católico, protestante, ecuménico – que anhela un Vaticano III. Vive en cientos de comités y grupos de justicia y paz, solidaridad, derechos humanos...en todos los continentes. En la Cátedra Libre Monseñor Romero de la Parroquia Universitaria (Universidad Central de Venezuela). Está presente en la Agenda Latinoamericana que anda por el mundo en varias lenguas predicando el Evangelio y la liberación de los pueblos.

Letra y espíritu de esa agenda (que será mundial a partir de 2001), Don

Pedro Casaldáliga, obispo de San Félix de Araguaia (Mato Grosso, Brasil), nos entrega otra de sus cartas fraternas que llegan por Internet como una buena noticia. Titulada 2000 AÑOS DE JESÚS, 20 AÑOS DE ROMERO, retoma el tema del Jubileo. Un Jubileo de verdad no ligero. Con datos escalofriantes del poder concentrado y la miseria expandida, clama por un cambio profundo en la sociedad, en la Iglesia, en la Organización de las Naciones Unidas.

Pedro Casaldáliga, misionero claretiano, catalán y brasileño de cuerpo entero, inmerso en los conflictos de América Latina desde 1968, poeta, contemplativo, ecuménico, autor de 60 títulos (libros, filmes, videos) entre ellos: Una Iglesia de Amazonia en Conflicto con el Latifundio, Espiritualidad de la Liberación, Nueva Utopía, Poemas Malditos del Obispo Casaldáliga, el Vuelo del Quetzal... Es un profeta de la Patria Grande enfrentado a la dictadura neoliberal de la muerte. Pastor de los “Sin Tierra”, ha sido llamado a Roma, amenazado de muerte, candidato al Nobel de la Paz... Sus escritos son confesiones dolientes de fe en el Dios de la vida que conduce la historia.

Bajo una Globalización que nos excluye y la Deuda que nos aplasta.

Ofrecemos a continuación la Carta de Casaldáliga para una reflexión ética ante la “interpretación triunfalista del Jubileo con una exaltación del cristianismo histórico” (Giulio Girardi). No podemos quedarnos en los ritos ante el misterio de la Encarnación de Dios y la miseria no merecida de su pueblo. Celebrar el Jubileo es volver al Jesús del Evangelio con la opción por los oprimidos. Y abolir la Deuda. Es la esperanza de América Latina, camino hacia un mundo solidario.

*** Pbro. Juan Vives Suriá** (1924-2004)

Fue Presidente de FUNDALATIN (Fundación Latinoamericana para los Derechos Humanos) inspirada en los postulados de la Teología de la Liberación. Impulsó la creación de FEDEFAM (Federación Latinoamericana de Asociaciones de familiares detenidos y desaparecidos).

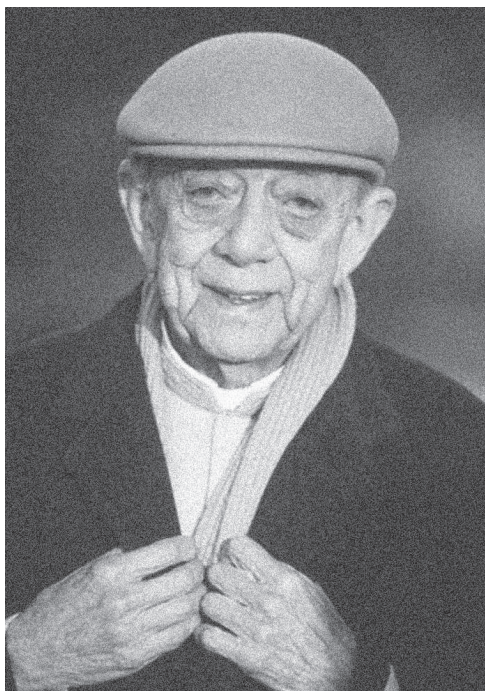


Dibujo de Marisa Gauffin - <http://www.camdipsalta.gov.ar/INFSALTA/mgauffin.htm>

2000 AÑOS DE JESÚS, 20 AÑOS DE ROMERO -Circular Fraterna

*Pedro Casaldáliga**

En este «final» y «cambio», de siglo, de milenio, de «paradigmas», somos muchos, con diferentes tonos y perspectivas, los que expresamos nuestros sueños pensando en una nueva sociedad, y también en una Iglesia nueva. Hay como una especie de anónimo colectivo soñador que se expresa, nos expresa, según necesidades o intereses, pero que palpita impaciente en la humanidad de este año 2000.



Dom Helder Camara

A nivel social, político, económico, se quiere un verdadero cambio, y no apenas unas pinceladas de márketing. A nivel cristiano -que no deja de ser también social, político y económico- se trata del Jubileo, que debería ser el verdadero Jubileo, el Jubileo definitivo que proclamó Jesús de Nazaret, tiempo de justicia para los pobres, era de liberación para la humanidad entera.

Los «humanos» de hoy llevamos unos 35.000 años de camino; tiempo suficiente para aprender las grandes lecciones de la historia. Desgraciada-

mente, el poder neoliberal que impera hoy en la humanidad se manifiesta como una suicida «exuberancia irracional» de la especulación, según Alain Greenspan, del todopoderoso Banco Mundial. Y otros altos mandatarios de ese Banco y del FMI acaban de reconocer que «hay que empezar a tener en cuenta a los pobres...». ¡No se puede prescindir impunemente de la mayoría de la humanidad!

Frente a la muerte de la esperanza que prácticamente nos predica el sistema, el jubileo de Jesús se define desde su proclamación en Nazaret como la liberación total de los pobres.

Cerrando el siglo más cruel de la historia se nos fue a la casa del Padre el profeta dom Hélder Cámara insistiendo en la esperanza. Y en este nuestro Brasil de la máxima disparidad social, el pueblo se ha puesto en marcha «multiplicando las marchas» reivindicativas. Y en nuestra América, ha resonado, confluyendo, unificándose, el Grito de los Excluidos. Y en el mundo entero la solidaridad va siendo, no sólo «el nuevo nombre de la paz», sino también el nombre inevitable de la sobrevivencia.

El balance de la iniquidad

Las estadísticas y los balances de siempre se multiplican en revistas y en la comunicación electrónica. Continúan siendo, desgraciadamente, los de siempre. Pero ahora, con el peso específico de un fin de época, haciendo memoria y exigiendo pronóstico.

Aproximadamente, las cuatro quintas partes de la población mundial asisten a la globalización pero no participan de ella. Mil 300 millones de personas han de pasar con menos de un dólar al día. Estimando la pobreza absoluta como un ingreso inferior a 370 dólares al año, Asia tiene 778 millones de pobres absolutos, África 398 millones y América 156 millones.

De los 4400 millones de habitantes de los países «en desarrollo», aproximadamente tres quintas partes no tienen acceso al agua limpia, una cuarta parte no tiene vivienda adecuada y una quinta parte no tiene servicios normales de salud. Se calcula que en el nuevo milenio faltará agua potable para el 40% de la humanidad, en este nuestro planeta tierra que

es con más razón «planeta agua». Estado Unidos, por otra parte, con apenas un 5% de la población mundial, utiliza el 25% de los recursos mundiales. Con ironía y razón, el sociólogo estadounidense Petras habla de «globalización o imperio norteamericano».

La deuda externa se ha puesto de actualidad como noticia y como desafío. Esa deuda que, según el mismo Papa, «amenaza gravemente el futuro de las naciones»; y que según las Naciones Unidas, hace morir cada día en África a 19.000 niños. Por otra parte, África transfiere a Occidente más de 33 millones de dólares diarios.

El movimiento «Jubileo 2000» ha hecho una campaña en el mundo entero exigiendo que se anulen las deudas externas de los países pobres. Se logró 17 millones de firmas. Poco después corrió por el mundo la noticia alborozada de que los señores del poder mundial iban a cancelar parte de esas deudas. La verdad es que lo que van a cancelar es simplemente unos 25.000 millones de dólares que equivale sólo al 1% de la deuda total de los países del Tercer Mundo; porque el monto total de la deuda externa tercermundista llega a la escalofriante cifra de 2 billones 30 mil millones de dólares, y sólo 41 países podrán recibir ese «generoso perdón»...

Entre los balances desoladores de este final de siglo y de milenio hay que sopesar amargamente el desempleo y el trabajo semiesclavo, la violencia de todo tipo (sin olvidar, afirmaba Juan Pablo II, que «la pobreza es la primera violencia»), y el cínico armamentismo.

El «Borrador de la Agenda por la Paz y la Justicia en el siglo XXI», que responde al «llamamiento de La Haya por la Paz», proclamaba que, «en vísperas de un nuevo siglo, es hora de crear condiciones en las que el objetivo primordial de las Naciones Unidas, «salvar de la guerra a las generaciones venideras», pueda ser realizado». Pesan aún en la conciencia los ciento diez millones de muertos de las interminables guerras del siglo XX. Pero todavía, sólo en África hay 18 países implicados en guerras que afectan a 180 millones de personas. En 70 países acechan 119 millones de minas sembradas, y sólo en Angola ellas ya han producido 100.000 mutilados. El ejército mexicano que tenía en 1995 ciento treinta mil hombres, ahora tiene 40.000 más, sobre todo para impedir las más

que justas reivindicaciones de los pueblos indígenas de Chiapas. La administración Clinton ha alcanzado el récord de 21.3 billones de dólares en armamento exportado.

La mayor parte de las víctimas de esas guerras, hoy tan modernas y hasta virtuales, es, como lamentaba Noam Chomsky hablando de Timor Este, «víctimas que no valen la pena».

«La hermana madre Tierra», que diría Francisco de Asís, está siendo brutalmente violada. Sus productos ya no son naturales, son transgénicos. Y sólo en nuestro Brasil, durante un año, se deforestaron 16 mil 838 kilómetros cuadrados. En la Amazonía se ha talado una media equivalente a 7 mil campos de fútbol por día... La cuarta parte de la superficie de la tierra está bajo la amenaza de la desertificación.

La directora del Programa Mundial de Alimentos, de la ONU, reconocía hace poco la incapacidad de la misma ONU para solventar la «inseguridad alimentaria» en los años venideros, lo que quiere decir que entre 800 y 900 millones de seres humanos -aproximadamente el 20% de la población mundial- están condenados a morir... de hambre.

La superpoblación de las grandes ciudades ya es mucho más que una amenaza. Según el informe del PNUD de 1998, en el año 2015 México tendrá más de 19 millones de habitantes, São Paulo más de 20, Bombay más de 26, Shangai más de 17, Buenos Aires más de 13, Metro Manila más de 14 y Lagos más de 24. En los próximos 15 años, pues, el 55% de la humanidad vivirá en las ciudades, cuando en el siglo XIX sólo vivía en ellas el 5% de la población mundial.

El AMI no ha muerto; se está travistiendo. Así como no ha muerto todavía la Escuela de las Américas y se está excogitando una Escuela de África, que no es de hoy: de las 53 naciones africanas, 43 han recibido de USA entrenamiento militar y 26 de ellas eran naciones no democráticas.

Ayer, digamos, en su «manifiesto comunista», Marx y Engels profetizaban lúcidamente para nuestro hoy neoliberal que «el poder estatal moderno no pasa de un comité ejecutivo encargado de gerenciar los negocios comunes de la burguesía», del FMI, de las transnacionales. Porque es necesario recordar siempre que mientras se paga la deuda externa,

obedeciendo los dictámenes neoliberales, no se paga las deudas internas de nuestros países. Y los gobiernos dejan de estar al servicio de sus pueblos para someterse a un verdadero imperio neoliberal apátrida.

Cuando se propugna tan insistentemente un desarrollo sostenible, debemos entender dialécticamente, para todas las consecuencias de la militancia, que el actual modelo de desarrollo de Estados Unidos y de Europa es no sólo social, económica y ecológicamente insostenible sino también éticamente inicuo.

La memoria subversiva

Vamos a hacer verdad nuestra memoria, «y esa verdad será que no hay olvido» (Mario Benedetti). Ni de la vida, muerte y resurrección de Jesús, ni de la historia ambigua de su Iglesia, ni del clamor secular, creciente, desoído, de los pobres de la tierra, ni de tantos y tantas testigos de sangre que nos convocan a la fidelidad.

Son 2000 años de Jesús y 20 años de Romero. Dos fechas que podrán parecer desproporcionadas en un mismo epígrafe, porque Jesús es Jesús, y que sin embargo se relacionan íntimamente. En América Latina, por lo menos, un buen modo, y muy nuestro, de celebrar el Jubileo de la Encarnación y de la Redención, es celebrarlo «a lo Romero».

Se está escribiendo mucho también acerca de la celebración del Jubileo. Han empezado ya hace meses las grandes celebraciones y se preparan otras mayores todavía. No han faltado sin embargo voces oportunas que llamasen la atención.

«En el 2000, la opción por los oprimidos como sujetos, escribe Giuglio Girardi, nos impone una toma de partido contra la interpretación triunfalista del Jubileo que lo concibe como una exaltación del cristianismo histórico. Esa opción exige una reinterpretación del Jubileo como crítica severa no sólo a la civilización occidental, sino (también) al modelo de cristianismo que ha sacrificado la opción por los pobres a la opción por los imperios; crítica inspirada en las imprecaciones contra la religión del templo, lanzada por los profetas y sobre todo por el mismo Jesús en la instauración de la época jubilar».

Naturalmente, caben las celebraciones, las romerías, el «júbilo» por la venida de Dios en carne y en historia a nuestra tierra humana. Pero deberían realizarse siempre según la humildad y la kénosis de esa venida. Dándole al jubileo toda la sustancia bíblica que nos viene ya de los profetas y que Jesús rehabilitó definitivamente para que fuera un jubileo total y universal; para que respondiera -ésa es la gran finalidad- al corazón de su Padre Dios, nuestro Padre.

Teóricamente todos entendemos que el Jubileo ante todo ha de ser volver a Jesús de Nazaret, al Jesús del Evangelio, a su Causa, el Reino.

Para mi propio examen de conciencia y compartiendo con tantos hermanos y hermanas que caminamos juntos, o que juntos deberíamos caminar, yo subrayaría concretamente:

- El redescubrimiento del Dios de Jesús, que es el Dios-Amor, Padre-Madre de toda la familia humana, una y plural. Un Dios, capaz «de hacer salir de las piedras hijos e hijas suyos». Dios de todos los nombres, adorado en todas las religiones, presente de antemano y siempre en todos los corazones humanos.
- Como consecuencia de esta fe en ese Dios, una auténtica fraternidad/sonoridad universal, «en la cual se reconocerá que somos los discípulos» de Jesús.
- Más allá de la ley, contra la ley a veces (y hablo de las leyes civiles y también de las leyes religiosas), el amor-justicia, el amor-solidaridad, el amor-misericordia. Un amor parcial, porque parte siempre de los pobres, de los excluidos. Jon Sobrino acaba de lanzar un volumen de cristología titulado significativamente «La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas».
- La esperanza victoriosa, que se funda en la cruz del Resucitado y que se traduce diariamente, a nivel personal y a nivel social, en una fidelidad siempre coherente, en una militancia ineludible, en una testimonialidad sin arrogancia y sin miedo, que va hasta el fin, como fueron tantos hermanos y hermanas mártires. Esperanza

vivida y celebrada «contra toda esperanza», a pesar de todas las claudicaciones y fracasos, «a pesar de todos los pesares neoliberales y eclesiásticos», me hace bien repetir.

Celebrar los 20 años del obispo Oscar Arnulfo Romero, mártir en plena eucaristía, el 24 de marzo de 1980 en El Salvador, ha de ser asumir la herencia de Romero, las causas por las cuales dio la vida. Su conversión a los pobres. Aquel Jubileo de tres años definitivos que selló con su sangre. Sus actitudes de escucha, de acogida, de profecía, de esperanza, su modo tan ubicadamente fiel y tan políticamente consecuente de ser pastor. El pueblo, amado, buscado, asumido pastoralmente, en sus angustias y en sus reivindicaciones, lo hizo santo. Y santo lo viene declarando desde su muerte-martirio y como santo lo venera sobre todo en la catedral-catacumba de San Salvador. El verdadero proceso de canonización del buen pastor Romero ha de ser el proceso de la asimilación de sus causas y actitudes.

En este final de siglo es interesante recoger la afirmación de Ludwig Kaufmann, en su libro «Tres pioneros del futuro. Cristianismo de mañana»:

«Tres pioneros de la fe que miran cara a cara la realidad de su presente respectivo..., que indican un camino para que nosotros podamos ser cristianos mañana. Juan XXIII, que confiaba que Dios sigue actuando en la historia, que supo leer los signos de los tiempos y tuvo la valentía de situar a la Iglesia en el camino del servicio a la humanidad. Charles de Foucauld, inspirador de la comunidad de los hermanitos (y hermanitas), que en avances sucesivos, trató de dejar atrás las fronteras y los privilegios de los cristianos europeos. Oscar Romero, que se decidió de manera radical en favor de los pobres y llegó a ser mártir de la Iglesia de los oprimidos».

La opción profética

A la luz de esas dos fechas, tan nuestras, y de sus exigencias y esperanzas, yo personalmente -y pienso que con millones de hermanos y hermanas de ese soñador colectivo anónimo- quisiera ver las siguientes

transformaciones (radicales) en la Sociedad, en las Religiones, en la Iglesia:

1. Como **Sociedad**, contestar eficazmente esa mundialización globalizada, de acumulación de lucro, de consumismo atolondrado y de exclusión homicida, para construir la otra mundialización, a partir de una actitud de mundialidad en todo y cada día. Contra «la especulación, inversiones golondrinas, privilegio de la circulación de mercancía sobre la circulación del trabajo, información dispensable, darwinismo global», posibilitar «la transparencia y abundancia de la información, la circulación y aplicación de las tecnologías, las inversiones productivas, la universalización de los derechos humanos», «y radicar estos derechos en las políticas locales de educación, salud, comunicaciones, empleo» (Carlos Fuentes).

Como alguien ha sugerido oportunamente, conjugar constantemente y en nivel mundial los verbos «compartir, participar, prevenir».

Un objetivo ineludible sería, evidentemente, sustituir la ONU actual y sus instituciones por otras que sean mundiales de verdad, equitativamente, sin privilegios y sin cinismo. Para una mundialidad «donde quepan todos» y todos los pueblos, también los pueblos indígenas, también los minoritarios.

Hace ya un cierto tiempo que se propaga la campaña por la reforma del Banco Mundial. Y se propugna la creación del Tribunal Penal Internacional. En nuestra Agenda Latinoamericana, que a partir del año 2001 será «Latinoamericana-mundial», presentamos un ideario y algunas realizaciones concretas de esa mundialidad «otra». Hay muchas propuestas y ensayos que van abriendo ese camino; desde la reivindicación insistente de Amnistía Internacional por la abolición de la pena de muerte en el mundo entero (en un sólo año se cometieron 1625 ejecuciones) hasta la creación del «Banco de los pobres».

Los países, evidentemente, habrían de tener su Estado, soberano y servidor. Las «comunidades económicas» no existirían para imponerse sino para complementarse. Y sobrarían la OTAN y sus adláteres.

Auscultando proféticamente la situación de nuestros pueblos de América Latina (de todo el tercer mundo) y anticipándose proféticamente a la situación más dramática todavía que ha creado el capitalismo neoliberal, Medellín denunciaba: «Queremos subrayar que los principales culpables de la dependencia económica de nuestros pueblos son aquellas fuerzas que, inspiradas en el lucro sin freno, conducen a la dictadura económica y al imperialismo del dinero» (2,9).

Como propuesta alternativa deberíamos cultivar, en todos los niveles, una ciudadanía espiritualmente internacionalista, la solidarización de las respectivas identidades y la internacionalización efectiva de la solidaridad.

2. Las **Religiones** habrán de ponerse de acuerdo, en nombre del Dios de la Vida, del Universo y de la Paz, para el servicio común de las grandes Causas de la humanidad, si quieren ser religiones humanas, expresiones plurales, las más profundas, del alma de la misma humanidad. Esas Causas vitales que son el alimento, la paz, la salud, la educación, la vivienda, todos los derechos humanos, los derechos de los pueblos y las exigencias de la ecología.

Ya se ha escrito la «Carta de las religiones unidas» y se ha celebrado, el pasado mes de diciembre, en Sudáfrica, el «Parlamento de las Religiones del Mundo».

Todo fundamentalismo, todo proselitismo, toda prepotencia en la vivencia de la propia religión, la niega, porque niega al Dios vivo que todas las religiones quieren cultivar.

El macroecumenismo, adulto, dialogante, fraterno, pasará a ser una fundamental actitud de cualquier religión que merezca este nombre. Desde la propia identidad, en la apertura a la pluralidad de la adoración y la esperanza. Siguiendo el sabio consejo del sufí iraní del siglo XIII:

«Como un compás, tenemos un pie fijo en el Islam, y con el otro viajamos dentro de otras religiones».

3. La **Iglesia**, para ser la Iglesia de Jesús, ha de ponerse, exclusivamente, al servicio del Reino y salirse de un autoservicio obsesionado. Para

eso, las Iglesias, sobre todo la Iglesia católica, han de abrirse al ecumenismo real... ¡sin esperar al fin del mundo! e inculturarse de verdad, por causa del Evangelio, en los diferentes pueblos y en las diferentes coordenadas históricas.

La revista «Foc Nou», de Cataluña, ha recogido una serie de propuestas que respondían a la pregunta, tan actual, de «¿cómo habrían de ser los cristianos del siglo XXI?». Espigo aquí algunas de esas respuestas, que muchos cristianos y cristianas sin duda hacemos nuestras también:

«Con sentido común», «desprendidos de todo lo superfluo que nos ha invadido», «convencidos de que Dios quiere salvar a todos», «interpelados por la humanidad de hoy», «los creyentes de la poscristiandad», «haciendo causa vital de las grandes causas de la humanidad», «con una vital experiencia del Dios de los pobres», «sin ponerle medida al amor de Dios», «más fieles al Evangelio que sumisos al Vaticano», «con una espiritualidad alejada de todo integrismo», «personas que mantengan viva la esperanza», «mientras se espera un Vaticano III», «profunda e íntimamente agarrados por Jesús», «con madurez humana y de fe», «chispas del fuego bendecido en la noche de la Pascua»...

Pensando ya más concretamente en nuestra Iglesia católica habrá que rever en serio la corresponsabilidad y ministerialidad a partir de una profunda revisión del ejercicio del papado y del poder de su curia. No lo digo sólo yo, pobre de mí; lo decimos millones, y lo han declarado abiertamente voces muy autorizadas. El cardenal Ratzinger, en los tiempos de su famoso libro «El nuevo pueblo de Dios», escribía: «Necesita la Iglesia hombres con pasión por la verdad y la denuncia profética. Los cristianos deben ser críticos incluso frente al propio Papa, pues determinado panegirismo hace un gran daño a la Iglesia y a él».

El cardenal Etchegaray, en la lección inaugural del encuentro «Iglesias hermanas, pueblos fraternos», realizado el pasado noviembre en Génova, hablaba de la gran paradoja planteada a los últimos papas «conscientes de ser (como ministerio de Pedro) el principio de la unidad de los cristianos y que (en realidad) se ven como su dramático obstáculo». «El ministerio de Pedro -añadía el cardenal- que sirve estructuralmente

para promover la sinodalidad de la Iglesia, es también de naturaleza sinodal: su función propia no le sitúa fuera o por encima del colegio episcopal. El papa no es de un grado superior al episcopado, y tiene sus raíces en el mismo sacramento que hace a los obispos».

A su vez, el cardenal Martini, en Tierra Santa, presidiendo una gran peregrinación, reconocía que la Iglesia católica debe dar pasos muy fundamentales hacia el ecumenismo «entre ellos, el modo de ejercer el primado de Roma, que debe ser repensado». «De hecho -recordaba Martini lo que ha sido noticia mundial- el mismo Papa se ha declarado dispuesto a repensar y a escuchar sugerencias sobre la forma de ejercicio del primado».

La Iglesia está pidiendo perdón por muchos pecados suyos a lo largo de estos dos milenios, pero seguimos siendo pecadores hoy también. Los Sínodos continentales que se acaban de celebrar no han sido precisamente sinodales; no han respondido a las necesidades y a las contribuciones de las Iglesias de cada continente. Los obispos japoneses, por citar un ejemplo, insistían en que «se considerase bajo una nueva luz la relación entre las Iglesias de Asia y la Santa Sede», y específicamente pedían «un sistema de relaciones basado en la colegialidad y no en el centralismo».

La reforma del papado y de su curia posibilitaría -con el «automatismo» del Espíritu y por las expectativas de la Iglesia universal- otras muchas reformas en corresponsabilidad, en colegialidad, en inculturación, en legítimo pluralismo, en ministerios.

En el ecumenismo hay algunas buenas noticias, pero es tanto el camino que falta por recorrer que resultan muy lentas y tímidas. El documento de Augsburg, por ejemplo, entre la Iglesia católica y la Iglesia luterana, viene después de cinco siglos de incomprensiones, para acabar diciendo que ambas partes se complementan en la inefable «Justificación»...

Urge sentirnos todos hermanos y hermanas «separados»; nosotros los católicos también. Urge entender el ecumenismo como un ir y venir al encuentro del único evangelio de Jesús de Nazaret. Y urge reconocer las respectivas tradiciones, así como reconocer la legítima autonomía de

las iglesias locales, y descubrir en esas tradiciones y en esa autonomía la acción del Espíritu «que sopla donde quiere» y que nos «va manifestando la verdad completa». Urge animar a los teólogos y teólogas en vez de espantarlos en su servicio de sistematización de la fe y apertura de horizontes. Lamentablemente, «durante el último papado, unos 500 de ellos (y ellas) han sido silenciados de un modo u otro, por el Vaticano».

Ante el malestar generalizado, frente a la involución programada y la obsesión por decretar, definir y cerrar el paso, querer un nuevo Concilio Ecuménico -dentro de la próxima década, sugiere el cardenal Martini- no es ninguna frivolidad eclesial.

Que para este nuevo milenio no se pueda repetir la amarga definición que hacía Rahner de la existencia de la Iglesia fuera de Europa, como «el fruto de la actividad de una multinacional que exportó la religión como un bien que no podía ser alterado y que fue llevado a todas partes a través de una cultura y civilización consideradas superiores».

No es derrotismo amargo ni hipercrítica irresponsable. Es amor a la Iglesia y sobre todo al Reino. Es esperanza comprometida. El cardenal Franz König, en la defensa que hacía el año pasado del P. Jacques Dupuis, teólogo del diálogo interreligioso, se desahogaba así, con emoción bien eclesial: «No puedo permanecer en silencio porque mi corazón sangra cuando veo fallas tan evidentes contra el bien común de la Iglesia de Dios».

** Pedro Casaldàliga.*

En el año 2000, São Félix do Araguaia,
MT, Brasil
araguaia@ax.apc.org

ÍNDICE

Presentación	7
SEMBLANZA DE MONSEÑOR ROMERO.....	8
Tibisay Machín	
MONSEÑOR ROMERO Y SU TIEMPO HISTÓRICO.....	13
Prof. Silvio Villegas	
MONSEÑOR ROMERO Y NUESTRA AMÉRICA.....	21
Luis Cipriano Rodríguez y Tibisay Machín	
A LOS 30 AÑOS DEL ASESINATO DE MONSEÑOR ROMERO	33
Profesora Nora Castañeda	
MONSEÑOR ROMERO Y LA IGLESIA	41
Jesús Gazo s.j.	
MONSEÑOR ROMERO, UN CRISTIANO Y OBISPO MODELO	49
Orángel Rivas	
30 AÑOS DESPUÉS DEL ASESINATO DE MONSEÑOR ROMERO... “al pueblo, lo que es del pueblo”.....	63
Javier Arrue	
LA DIMENSION POLITICA DE LA FE DESDE LA OPCIÓN POR LOS POBRES.....	73
Domingo Riera	
VALORES DEL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI EN MONSEÑOR OSCAR ARNULFO ROMERO, Obispo Mártir de El Salvador.....	81
Lídice Navas	
MONSEÑOR ROMERO COMUNICADOR.....	91
Numa Molina s.j	
MONSEÑOR OSCAR ARNULFO ROMERO ...y con tu espíritu	99
Luis Aníbal Velásquez	
CON DIOS O CON EL DIABLO.....	103
Juan Vives Suriá	
2000 AÑOS DE JESÚS, 20 AÑOS DE ROMERO	
-Circular Fraterna.....	107
Pedro Casaldáliga	

FONDO EDITORIAL IPASME

Presidente:

José Gregorio Linares

Asesores:

Alí Ramón Rojas Olaya y Ángel González

Edición:

Janeth Suárez, Freddy Best, Darcy Zambrano y Odalys Marcano

Diseño Gráfico:

Luis Durán y María Carolina Varela

Plan Revolucionario de Lectura:

**Luis Darío Bernal Pinilla, Yuley Castillo, Verónica Pinto, Mervin Duarte,
Saudith Felibertt y Enricelis Guerra**

Administración:

Tibisay Rondón, Juan Carlos González Kari y Yesenia Moreno

IPASME va a la Escuela:

Alexis Cárcamo

Informática:

Enderber Hernández

Apoyo Logístico:

Eduardo Ariza y Víctor Manuel Guerra

Distribución:

Jazmín Santamaría y Ronald Carmona

Secretaría:

Gladys Basalo

Monseñor Romero tenía una visión de socialismo compatible con las mejores enseñanzas de la Iglesia Católica, contenidas en el Concilio Vaticano II, Conferencia de Medellín y en Cartas Pastorales, como la del episcopado de Nicaragua, citada por Monseñor Romero en su Homilía del 17 de diciembre de 1979, la cual coincide con la perspectiva de la sociedad que estamos empeñados en construir, orientadas por principios socialistas.....

En su homilía del 5º domingo de Cuaresma, 23 de marzo de 1980, Monseñor Romero, hizo el llamado: "En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios Cese la represión".

Hoy, haciéndonos eco de esas palabras, le pedimos al imperio, a los poderosos de la jerarquía eclesiástica venezolana, a los medios de comunicación, a los políticos de la oposición, que cese el hostigamiento hacia el pueblo pobre y el gobierno que construyen un camino orientado por principios socialistas. Les exigimos digan la verdad.



la revolución de

LECTURA

